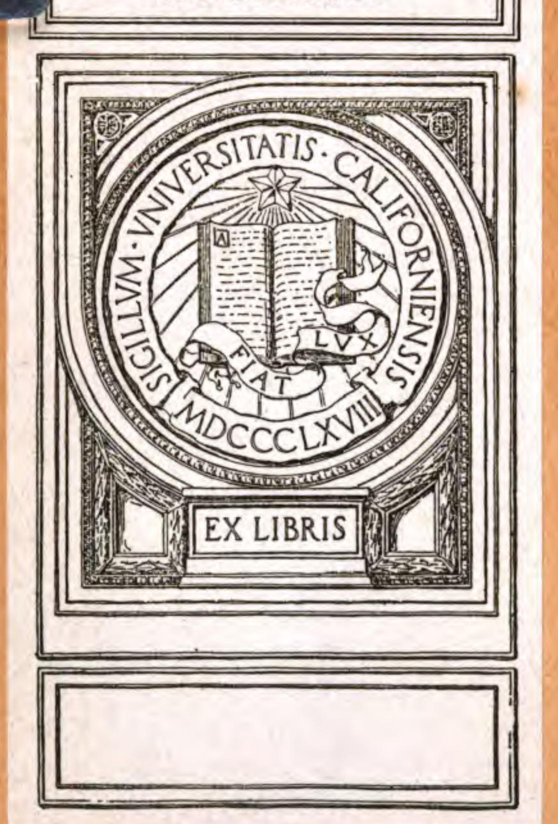

UC-NRLF
$B 268 473

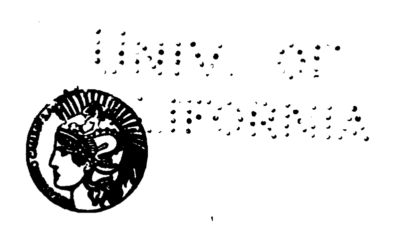

SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



DR. JOSÉ GÓMEZ OCAÑA

DE LA REAL ACADEMIA NACIONAL
DE MEDICINA Y CATEDRÁTICO

EL SEXO, EL HOMINISMO Y LA NATALIDAD



MCMXIX

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S. A

CASA FUNDADA EL AÑO 1876

MADRID

Imp. Moliner.

PRÓLOGO

Como no tengo hijos que prolonguen mi vida, y no quiero morir definitivamente cuando me llegue la última hora, me acojo a la ilusión de sobrevivirme en la memoria de los millares de alumnos que oyeron mis lecciones en la cátedra de Fisiología en más de treinta y tres años que llevo de profesor y en los libros que escribí. En éste aspiro a desquitarme del punto final que desgraciadamente amenaza a mi estirpe, abogando por las ajenas, por mi patria y por la Humanidad, cuyo porvenir miro con optimismo hasta donde lo consienten las normas orgánicas, ya que, no habiendo cambiado en los siglos históricos la anatomía del hombre, ni su constitución química, ni probablemente la estructura de su cerebro, no son de temer retrocesos perdurables, así como tampoco alimentar esperanzas de una era novísima, radicalmente distinta de la que penosamente hizo su camino hasta nosotros desde que alboreó en Oriente y

halló su expresión en Grecia. ¡Cuántas vigencias helénicas se cuentan en la ciencia, en el arte y en la política! La Humanidad progresa lenta pero seguramente, y aunque en pasajeras reacciones parezca que retrocede, siempre quedan perdurables y firmes las conquistas de la civilización.

Los tres dictados que componen el título de este libro se enlazan entre sí, en relación causal, y conducen a un problema que siempre fué interesante, mas de trágica actualidad en nuestros días, puesto que perecieron a consecuencia de la guerra más de diez y siete millones de hombres, cifra que supera a la total población de España el año en que nací.

La natalidad, la educación y la producción constituyen tres problemas básicos de la economía social: al primero dedico estas páginas porque nuestra amada patria, que no ha mucho era un país fecundo, dejó de serlo y está amenazada de la *oligantropía*, achaque tan grave como viejo de los pueblos, y que hoy padecen naciones de las que van a la cabeza de la civilización.

JOSÉ GÓMEZ OCAÑA

Madrid, 1919

Ha querido el destino que la alegría con que nos disponíamos a inaugurar la serie de Monografías de Actualidades Médicas, con esta admirable de Gómez Ocaña, tenga que aparecer turbada por el dolor inesperado de su muerte.

Con incansable solicitud emprendió y puso remate el maestro a su redacción, como si presintiese que estaban ya contadas sus horas. Y era tanta su razón al darse prisa, que apenas tuvo tiempo, antes de irse para siempre, de devolver corregidas las últimas pruebas a la imprenta.

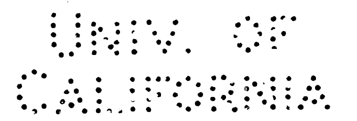
Tenemos, pues, el triste orgullo de ofrecer a los médicos españoles, en este volumen, el postrer esfuerzo del fecundo ingenio que todos lloramos. Y, en verdad, nada daría la medida de lo que su pérdida representa para la Ciencia española, como la lectura de estas ágiles y jugosas páginas, en las que se ve culminar la madurez de su autor y se presiente toda la gran obra futura, que ya no se realizará.

Agosto 1919.

PRIMERA PARTE

EL SEXO

SUMARIO. — La nutrición y la reproducción. — Partenogénesis (natural y artificial). — Hermafroditismo. — «Parva propia, magna; magna aliena, parva.» — La alianza sexual es una garantía para la especie. — Los apetitos (hambre, sed y celo). Vías de difusión y generalización del apetito erótico (nerviosa y humoral). — Las glándulas endocrinas y los caracteres sexuales (glándulas egoístas y altruístas). — Origen del sexo (relación cruzada entre los progenitores y los hijos, especialmente entre los varones y las madres). — Estadística de los sexos.



La nutrición y la reproducción.

Son las funciones reproductoras tan esenciales a la vida como las de nutrición: sin éstas no subsistiría el individuo; sin aquéllas acabarían las especies. Son entrambas creaciones de materia organizada por la industria química de los seres vivos cuando trasforman en substancia propia los alimentos, que al cabo son materiales ajenos, a las veces hasta inorgánicos, como de ello dan notable ejemplo las plantas de clorofila, al convertir en compuestos orgánicos (hidratos de carbono, grasas y proteínas) las sales, el anhidrido carbónico, el agua y, en colaboración con otros organismos inferiores, hasta el nitrógeno de la atmósfera. Mas aunque los animales asimilan, convirtiendo en substancia propia, alimentos orgánicos, siempre resulta la asimilación una verdadera creación de materia organizada (Cl. Bernard).

Si la materia asimilada se destina a la conservación y crecimiento del propio individuo, se la califica con el término genérico de nutrición; mas llegados los seres vivos a la madurez o cercanos a ella, una

parte la destinan a la reproducción, que en este aspecto hemos de considerar como la nutrición de la especie.

Se puede presentar como una de las más importantes conquistas de la moderna Química Biológica la investigación y demostración, por diversos métodos, de la especial constitución química, no ya de las especies animales, sino hasta de los individuos Así ha confirmado la ciencia la antiquísima cuanto vulgar prenoción que afirma un especial humor para cada individuo; lo que no podía sospechar el vulgo es la mayor fijeza del carácter químico individual respecto a los rasgos anatómicos y fisiológicos, mas sujetos a mudanzas según la edad y la ocasión. Cada sujeto, ha dicho Richet, tiene su fisonomía humoral, que le distingue de los de su misma especie con tanta o más exactitud y fijeza que los rasgos de la fisonomía, del cuerpo o del carácter. Con el método de la precipitación (1) y con el de la anafilaxia (2) se puede

(1) El método de la precipitación es el que realizan con las proteínas extrañas, en reacción viva defensiva, los humores de un animal en cuya circulación se introducen por sorpresa (inyección intraperitoneal o intravenosa) proteínas extrañas. La vía ordinaria de penetración es la digestiva, en cuyas cavidades los fermentos desmoronan las proteínas de os alimentos y las descomponen en moléculas más sencillas, *os peptidos,* que se absorben y circulan sin molestia alguna de las células.

(2) Cuando se reiteran las inyecciones de proteínas extrañas, los animales, lejos de habituarse a ellas como se habi-

definir la especie humoral, cuando no la individual.

Hasta ahora, con los citados métodos se ha podido afirmar la especifiidad de las proteínas de las especies, individuos, humores y tejidos; pero no faltan argumentos para sospechar análoga fijeza química en la composición salina de los humores y en la estructura de los hidratos de carbono y grasas del medio interno.

Cada especie tiene, pues, una estructura química definida y constante, y el gran trabajo del metabolismo de la nutrición consiste en descomponer los alimentos y aprovechar las moléculas elementales de su descomposición: las que sirvan a la reconstitución del protoplasma de las células se asimilan; las que sean utilizables como combustibles se queman, directamente o previa transformación; sólo se desechan las que absolutamente carecen de provecho.

El horror a lo extraño lo manifiestan las células de los organismos animales por diversos fenómenos, todos ellos expresivos de la tendencia a mantener y conservar, a despecho del cambio, la fijeza de sus valores fisico-químicos.

túan a los venenos (mitridatismo), sufren un choque tóxico brutal. Es el choque anafiláxtico, por el cual puede identificarse la especialidad química de los albuminoides. Determinando choques anafiláxticos en los animales de laboratorio con proteínas procedentes del hombre contemporáneo y de las momias egipcias, se ha podido inducir que no ha cambiado la estructura química de la Humanidad, por lo menos desde los tiempos de Moisés hasta nuestros días.

Y, sin embargo, en la mayoría de las especies, vegetales y animales, para la reproducción, los individuos de distinto sexo se piden y otorgan recíproca ayuda para perpetuarse en la descendencia. Es la regla la intervención de dos células reducidas de *cromosomas* (1) que se completan entre sí: el huevo maduro o *gameta femenina* y el espermatozoide, *gameta masculina;* asimismo es lo ordinario que la fecundación, que así se denomina la compenetración o fusión de las dos gametas, se verifique entre huevo y semilla procedentes de individuos sexuados de la misma especie, aunque de distinto sexo (hembra y macho), provistos, respectivamente, de glándula femenina (ovario) y masculina (testículo).

En esta mezcla de las dos gametas, óvulo y espermatozoide, que Weissmann denominó *anfimixia,* se respeta el carácter químico de la especie, mas se da de través con el del individuo, puesto que son dos, representantes de dos líneas o estirpes, como si dijéramos dos compuestos químicos distintos, los que concurren a la generación. Y aún deja de respetarse el carácter químico de la especie cuando se ayuntan

(1) En las células en vías de segmentación la cromatina del núcleo se condensa en unos filamentos ondulosos o doblados en horquilla que se denominan cromosomas. Los citados filamentos o cromosomas aparecen con número fijo en cada especie que se simbola en la expresión n 2, en previsión de que se reduzcan a la mitad y queden, por lo tanto, en *n* a consecuencia de las dos divisiones que sufren las células germinales hasta convertirse en huevo maduro y espermatozoide.

macho y hembra de especies distintas, si bien es cierto que los híbridos pagan con la esterilidad esta falta de respeto a la constitución química específica.

En cambio, queda incólume la constitución química individual cuando un individuo se reproduce sin el concurso ajeno, pues en este caso la descendencia *es pura* (Johannsen), en cuanto representa exclusivamente a la estirpe del reproductor. Esta reproducción *monoica* la vamos a considerar en dos aspectos: en la *partenogénesis* (1) y en el *hermafroditismo*.

Partenogénesis.

Expresa etimológicamente esta palabra la generación virginal, o sea la reproducción de una hembra que no ha conocido macho, lo que equivale a la evolución y total desarrollo de un huevo que no ha sido fecundado. El ejemplo más notable lo ofrece la abeja de la colmena: pone la reina, una vez celebrado su vuelo nupcial, dos clases de huevos: unos fecundados por la semilla que guarda en una vesícula contráctil, y otros sin fecundar: de éstos salen exclusivamente individuos machos, los zánganos, y de los fecundados, las hembras u obreras.

No se crea que es la abeja excepción en el mundo

(1) De παρθένος, virgen, y γέννχω, engendrar.

animal, porque abundan las especies accidentalmente partenogenéticas, y entre los insectos merecen citarse por más conocidos el gusano de la seda *(Bombix mori)* y la filoxera de la viña *(Phylloxera vastatrix)*.

Geddes y Thompson clasifican las especies partenogenéticas en las siguientes clases:

Ocasional, que se presenta por excepción en algunas especies: por ejemplo, el gusano de seda y la estrella de mar.

Facultativa, la de la abeja.

Estacionaria, la del pulgón de rosal, por ejemplo.

Exclusiva, las raras especies que indefinidamente se reproducen por partenogénesis: por ejemplo, algunos solíferos y la *Artemia salina,* de Capodistria, normal y continuamente partenogenética (1).

Y como si fueran pocos los hallazgos de especies partenogenéticas observados por los naturalistas, dos eminentes biólogos, Loeb y Delages (2), lograron la

(1) Geddes and Thompson: *Evolution of sex*. London, 1899.

(2) La bibliografía relativa a la partenogénesis artificial es muy extensa; pueden consultarse con provecho las siguientes obras:

Loeb: *La dynamique des phenomènes de la vie.* Ives Delages et P. Beauchamp.: *La Parthenogénèse à Roscoff et à Barkeley. Le sexe chez les oursins.* Ives Delages et M. Goldmith: *La Parthenogénèse naturelle et expérimentale*. H. Daudin: *Travaux et problémes relatifs à la parthenogénèse artificiale*.

evolución de los huevos del erizo de mar con distintos agentes físicos y químicos; es decir, la ***partenogénesis artificial,*** porque la especie en experimento no es normalmente partenogenética.

Los huevos del erizo están desprovistos de membrana, y la formación de ésta inicia la evolución. Según Loeb, por la influencia de un agente digestor de las grasas; disueltas éstas, las moléculas lipoides son rechazadas hacia la periferia y se constituyen en película limitante o membrana. Fórmanse de la disolución de la lipoides, substancias complejas así llamadas por parecerse a las grasas, el ácido fosfórico y la lecitina, las cuales con el oxígeno (que no ha de faltar si se desea el desarrollo) por síntesis engendran nuevas cantidades de cromatina para los núcleos de las células que se van multiplicando por división.

Los embriones salidos de los huevos artificialmente desarrollados nada deben a un padre que no intervino en la generación: son hijos exclusivos de la madre; y, sin embargo, son del sexo masculino. Es regla general: todo hijo partenogenético (sea natural o artificial la partenogénesis) es macho. Quiere decir que para el engendro de la hembra es precisa la aportación de algo que lleva el espermatozoide y que no puede sustituirse, por lo menos al presente, con agente químico alguno. Mas como en las descendencias de los huevos fecundados se reparten equitativamente los dos sexos, es de creer que no todos los espermatozoides llevan el agente para pro-

ducir hembras, o que no son iguales todos los huevos. Más tarde, al tratar del origen del sexo, volveremos a esta cuestión. Para terminarla, por ahora, hemos de citar los experimentos hechos por Loeb para lograr híbridos del erizo y estrella de mar; los huevos maduros del primero, fecundados por la semilla de la estrella marina, evolucionan; mas el producto no es individuo mixto, sino un erizo; es decir, que cuando la semilla pertenece a una especie tan distinta de la del huevo que toda hibridez resulta imposible, sin duda por la heterogeneidad de las proteínas, la semilla funciona como excitante de la evolución del huevo, a semejanza de los catalizadores empleados en la partenogénesis artificial. También más tarde recogeremos este argumento.

Una importante conclusión vamos a deducir, y es que la partenogénesis establece el tránsito entre la reproducción monoica y la sexuada. Mientras las especies viven tranquilas y prósperas como las células de los animales superiores en el medio interno, se reproducen con los solos recursos del huevo, que al cabo es una célula, como todas, provista de protoplasma y núcleo. La partenogénesis es una confirmación más de los postulados de Harvey, *Omnis vivum est ovo,* y de Wirchow, *Omnis cellula e cellula.*

Todas las células se reproducen, y cuando el individuo es monocelular su división equivale a la reproducción; mas en los organismos complicados, en los animales superiores, por ejemplo, aunque las células

siguen multiplicándose, no tienen los mismos alcances en la generación. Desde luego, y desde los primeros momentos de la vida del embrión, se destacan en reserva para la conservación de la especie una línea de células, las *germinales,* destinadas a la reproducción del total individuo; son éstas distintas de las *somáticas,* que se sustituyen célula a célula en la misma clase de tejidos, especie de reproducción intransitiva atenta a la restauración y al crecimiento.

Hermafroditismo.

Después de la criatura nacida de un huevo no fecundado, es el descendiente del hermafrodita el que representa la más intensa homogeneidad en la herencia fisiológica. El hermafrodita, macho y hembra en un solo individuo, llamado en griego hombre y mujer (*andrógino*), es en otro aspecto descendiente de *Hermes* (Mercurio) y *Afrodita* (Venus), y heredero del vigor de aquél y de las gracias de ésta; se reproduce sin el concurso ajeno, diferenciándose de la hembra partenogenética en que posee las dos glándulas sexuales o, cuando menos, las dos gametas, el huevo y el espermatozoide en una sola glándula. En la reproducción del hermafrodita se da una verdadera fecundación, sin otra advertencia que provenir de un solo individuo los dos elementos sexuales; en la par-

tenogénesis, como acabamos de ver, un solo individuo, siempre femenino, logra la evolución del huevo sin el concurso del espermatozoide, o lo que es lo mismo, sin fecundación.

Para los alcances de la conservación del carácter químico del progenitor en la descendencia, el hermafrodita ha de bastarse a sí mismo; es decir, que ha de producir simultáneamente o con corto período de separación huevos maduros en aptitud de ser fecundados y semilla fecundante: así se produce la *autofecundación*, y en el cuerpo del hijo no entran materiales extraños a su único progenitor, padre y madre al mismo tiempo.

La autofecundación tiene muy limitados horizontes en la Zoología, pues son contadas las especies en las que se ha podido comprobar: el ejemplo más conocido lo ofrecen las tenias. La solitaria se compone de muchos anillos, y todos ellos provistos de glándulas sexuales: los más viejos (*proglótides*) son femeninos, puesto que poseen un ovario bien desarrollado y un testículo atrófico que no funciona; lo contrario sucede con los anillos jóvenes, que cuentan con un testículo en plena función cuando aún no se ha esbozado el ovario. En las tenias se da una verdadera autofecundación, si no entre las gametas de un solo anillo, entre las de los jóvenes y los viejos, los primeros, actuando de machos, ponen la semilla, y los otros, los huevos. En el ejemplo de las tenias, que es, como dijimos, ejemplar entre las especies hermafroditas, es más precoz el desarrollo de la glándula

masculina (*protandria*); el ovario se retrasa y, por lo mismo, no coinciden las dos gametas dispuestas para la fecundación. La semilla se pasó para cuando el huevo alcanza a la madurez: por esta falta de coincidencia no se fecundan entre sí las gametas de cada anillo de las tenias.

Por la misma causa es tan rara la autofecundación, o sea el hermafroditismo fisiológico, como extensa el área zoológica de la fecundación cruzada, que corresponde al hermafrodita orgánico o histológico. Es éste un animal que posee los dos productos (huevo y espermatozoides), ya en una sola glándula, como de ello ofrecen ejemplo los moluscos: verbigracia, la concha del peregrino. La dorada y el pajel, entre los peces, también poseen glándulas hermafroditas, testículos y ovario en un solo órgano. En la mayoría de las especies histológicas hermafroditas no coinciden en su madurez las dos gametas, las cuales se desarrollan sucesivamente; y como los animales no tengan una conformación tan favorable como las tenias, que consiente la convivencia de testículos activos en los anillos recientes con los huevos maduros en los anillos viejos, lo general es que no coinciden las dos gametas, y la una por precoz, la otra por tardía, se emplean en fecundar las de otros individuos: de aquí la fecundación *cruzada*, en la que un individuo macho y hembra actúa como uno u otra respecto a un hermafrodita análogo. Esta fecundación cruzada entre hermafroditas establece el tránsito entre la generación *monoica* y la *gonocóri-*

ca (1). Ya se pierde la línea pura y se mezclan dos estirpes en la descendencia.

En resumen, hermafroditismo verdadero no hay más que uno, el fisiológico, el que conduce a la autofecundación; los demás son relativos y sin los alcances de la homogeneidad de estructura entre el progenitor y la progenie.

De este hermafroditismo relativo o histológico ofrece el mundo animal, como antes advertimos, numerosos ejemplos que abarcan casi entera la escala zoológica, desde los gusanos hasta el hombre. Ningún hecho positivo conocemos de la especie humana en que un individuo haya podido aportar con éxito a la generación, aunque sea en períodos sucesivos, huevos maduros y espermatozoides activos; sin embargo, han debido ser en todos los tiempos muy numerosos los ejemplos de personas de sexo ambiguo, y desde luego inspiraron a los escultores griegos y romanos esas estatuas de hermafroditas que se exponen en las salas reservadas de los Museos.

Tanto la partenogénesis como el hermafroditismo fisiológico solicitan nuestras reflexiones, por cuanto se relacionan con un problema social que siempre fué interesante: el de los matrimonios entre consanguíneos.

(1) De γονος, generación, y χώριηλος, separación.

«Parva propia magna, magna aliena parva.»

Un hombre que no come, sano o enfermo, vive a expensas de sus propios recursos: las reservas nutritivas primero, los tejidos después, pechan con el gasto energético y el recambio indispensables. Y lo notable es la maravillosa economía con que se realizan las funciones en los hombres ayunos o insuficientemente alimentados, a las veces enfermos de fiebres infecciosas, que duran cuatro o más septenarios. Se explica la economía porque ni las reservas ni los tejidos tienen desperdicio, sino que por tratarse de materiales propios del individuo se aprovechan íntegramente.

Después de la autofagia a que se ve precisado el hombre ayuno, la mayor economía corresponde a la nutrición del feto mientras le sustenta la sangre en el claustro materno, y el niño amamantado por su madre. De no ser su propia sustancia, ningún alimento más provechoso a un infante que la leche materna, porque las lactoproteinas, la lactosa y las grasas que fabrican las glándulas mamarias han de ser muy semejantes a las de su organismo.

En general, el provecho de un alimento guarda relación con la analogía de su composición y la del individuo consumidor; por el contrario, el dispendio será proporcionado a la heterogeneidad.

Si concertamos ahora el horror que muestran las células por las proteinas extrañas, con la utilidad que sacan de las propias o semejantes, encontraremos la justificación bioquímica de la partenogénesis y del hermafroditismo fisiológico. El horror celular a lo extraño se traduce en los linajes humanos por repugnancia a mezclar su sangre en los enlaces con razas o castas distintas: los dioses egipcios, y también los del Olimpo, se casaban entre sí; los incas del Perú escogían entre sus hermanas la que había de ser reina, y con menos rigor en todas las aristocracias, cualesquiera que sean sus orígenes (mercantil, guerrero, sacerdotal, etc.), se nota la tendencia a los enlaces entre consanguíneos más o menos próximos.

La práctica, sin embargo, desautorizó la previsión, porque en lugar de florecer las estirpes con la prohibición de enlaces extraños, vinieron a decadencias tan ruidosas, que muchas de las casas señoriles de Europa feudal se extinguieron por falta de descendencia (1).

Y como la opinión, como los péndulos, oscila de un extremo a otro, se vino a renegar de la unión entre parientes, por temor a la esterilidad o a una descendencia enfermiza. La misma Iglesia condena estos enlaces entre consanguíneos, y exige determina-

(1) Cita a este efecto Leroy Beaulieu *(La question de la population)* los lores ingleses que figuran actualmente en la Cámara Alta: son casi todos de reciente creación, pues las estirpes antiguas ha tiempo que se extinguieron.

das condiciones, muy suaves en la práctica, para otorgar las dispensas.

No conviene esta amenaza de la estirpe, cuando los cónyuges son parientes, con los argumentos bioquímicos antes expuestos: provecho para lo propio, repugnancia para lo extraño. El mismo Génesis da la razón a la homogeneidad o parentesco, puesto que hermanos entre sí se casaron los hijos de Adán, y primos hermanos fueron los primeros descendientes de los que se salvaron con Noé del diluvio.

Desde luego, no se nos ocurre razón alguna que abone el supuesto de la decadencia de las estirpes por la falta de cruzamientos: si los cónyuges están enfermos de análoga enfermedad, claro es que se duplicará la herencia patológica en los hijos. Desde este punto de vista considerado el problema, no cabe duda en la prohibición del matrimonio entre parientes enfermos. Pero es el caso que la misma razón nos aconseja prohibir el enlace entre extraños afectos de enfermedades constitucionales o trasmisibles.

En definitiva, se trata de un problema de Medicina social, de Eugénica, que en la defensa de las generaciones futuras, y procurando por la salud de los pueblos, sólo aconseja la unión entre hombres y mujeres sanos.

No terminaremos estas reflexiones sin añadir otras de orden moral que limitan las consecuencias bioquímicas antes apuntadas. La preferencia del alimento lo más semejante de constitución química a la del consumidor no justificará el parricidio que se

deduce de la contestación que atribuyen a un caníbal reprochado por un viajero, cuando éste le acusaba de haberse comido a su padre: «Era viejo — respondió el salvaje, —y era preferible que yo me lo comiera antes de ser pasto de los gusanos.» Otro tanto decimos del incesto, condenado como execrable por la Etica. Edipo no se perdonó del incesto, aunque pecó por ignorancia, y Sófocles, en su tragedia, expresa todo el horror que a los dioses y a los hombres inspiró el desgraciado rey de Tebas, parricida e incestuoso. Sigfredo, el héroe de la tetralogía wagneriana, es hijo incestuoso de los hermanos Sigmundo y Siglinda: el incesto no le resta hermosura, gallardía y valor; mas le hace desgraciado. Se une a Brunilda, tía suya por doble vínculo, y ya se sabe cómo acaba la familia en el último acto del *Ocaso de los dioses*.

La alianza sexual es una garantía para la especie.

Las especies monoicas, los individuos procedentes de la generación partenogenética, y aun los engendrados por el hermafrodita fisiológico, ofrecen garantías de vida en las condiciones favorables del medio, cuando no faltan calor en la atmósfera ni alimentos en la tierra. Así ocurre en la primavera y en verano: los animales terrestres viven a sus anchas y

se reproducen individualmente con la mayor comodidad.

Las células de los organismos superiores aún gozan de mejores condiciones, pues viven en el medio interno, de temperatura y composición muy poco variables, como en estufa o en perpetua primavera, seguras de tener a la puerta los materiales para su nutrición, selectos y en las proporciones que son de apetecer.

Pero los invertebrados terrestres, mal defendidos contra los fríos del invierno y amenazados a la vez de un largo ayuno, tuvieron que tomar providencias para no perecer (1). Una de las más eficaces fué el ayuntamiento de dos individuos de distinto sexo para concentrar en los huevos fecundados, y más tarde en los hijos, las energías del padre y de la madre. Kyber ha dado una singular demostración a esta hipótesis con sus cultivos del pulgón de rosal. Los de esta especie se citaban como ejemplos de partenogénesis *alternante* o *estacional*; los dos nombres le cuadran, pues, en efecto, alternan en la generación de los pulgones la fecundación con la partenogénesis, manifestándose esta última en las bellas estaciones,

(1) Edmond Perier, en su notable cuanto curioso libro titulado *A travers le monde vivant*, describe con cálidas tonalidades la era secundaria en la que nuestro planeta era un paraíso, con templanza y humedad constantes. La vida animal se desarrollaba tan fácil como espléndida; luego vino la lucha, la dureza y variabilidad del clima, y las especies tuvieron que aliarse y multiplicar sus defensas para no perecer.

cuando la pitanza abunda y el sol calienta. Al aproximarse el invierno surgen generaciones sexuadas, se ayuntan los machos y las hembras, y son fecundados los huevos que restan en el invierno esperando los beneficios del sol primaveral. Kyber sospechó que la sexualidad aparecida en el otoño, en especie partenogenética estival, era una garantía contra el frío y la esterilidad del invierno, y al efecto mantuvo rosales con pulgones durante cuatro años en estufas a una temperatura templada y constante. Aquellos pulgones que no presintieron el invierno, porque en la estufa no les alcanzaron los primeros fríos otoñales, se mantuvieron fieles a la partenogénesis durante los cuatro años del experimento (1).

Los apetitos (hambre, sed y celo).

En la serie animal el instinto se polariza en tres direcciones: el hambre, para la necesidad de alimentos; la sed, para el agua, y el celo, que asegura la reproducción. Se localizan vulgarmente estos tres apetitos en el estómago (el hambre), en las fauces (la sed) y en los genitales (el celo); mas estas localizaciones ocultan muy incompletamente su generalización orgánica. Desde luego el hambre representa

(1) Kyber, citado por los Sres. Delages y Goldmith en la obra antes anotada.

el apetito trófico de las células del total organismo; mas como ellas se nutren del medio interno, es el déficit de éste el que expresa la necesidad del alimento. El apetito como sensación se localiza en el cerebro, y hasta él alcanzan, tramitados por los nervios sensitivos, los clamores tróficos de las células.

Análogo expediente se repite para la sed, necesidad de agua para diluir los humores, cuando por su concentración amenazan el fisiologismo, que precisamente, en lo que al medio interno se refiere, consiste en el mantenimiento casi inalterable de los valores físico-químicos de la sangre. Entre ellos figura como muy principal la concentración molecular: cuando se espesa la sangre, se reclama agua para diluirla, y la expresión es la sed. Aquí, como en el hambre, la representación de la necesidad orgánica la lleva el medio interno, y la sensación se localiza en el cerebro, aunque nosotros la atribuyamos a la sequedad de las fauces.

Igual o mayor generalización alcanza el apetito erótico, como veremos en seguida al tratar de los caracteres sexuales secundarios.

En la especie humana, además, los tres apetitos se complican, generalizan y multiplican en la esfera cerebral por motivos de la memoria y de la imaginación. A tal punto puede llegar la complicación, que se desvanezca el objeto apetecido, alimento, agua, pareja, y se substituyan por necesidades aparentes puramente imaginarias (comer sin hambre, beber sin sed, fumar, tomar opio o cocaína) o por verda-

deros símbolos; que así como los artistas estilizan los objetos naturales, así también los eróticos reducen la total persona deseada por algún rasgo, a las veces tan extravagante, que cuesta trabajo encontrarle su filiación sexual.

Al cabo, con más o menos dificultades, se halla la ascendencia erótica en cualquier carácter orgánico al parecer extraño a las funciones sexuales: por ejemplo, la talla, las proporciones entre los diversos segmentos del esqueleto, la musculatura, la grasa que redondea las formas, la piel, el cabello, ciertas secreciones de determinado olor con provocaciones eróticas (1), los rasgos expresivos, los andares, los ademanes y tantas otras manifestaciones del caracter sexual. Entre ellas se destacan por su mucha trascendencia social los de la esfera afectiva, ideológica y voluntaria, como son los gustos, las aficiones, los juegos, las aptitudes, la constancia o versatilidad, la imitación o el genio inventivo, la tendencia progresiva o la conservadora.

(1) El célebre entomólogo Fabre, que con tanto acierto y amenidad describe las costumbres de los insectos, refiere que al advenimiento de una hembra, salida de un capullo que regalaron al naturalista, acudieron desde muchas leguas, porque no existían individuos de aquella especie en la región, machos atraídos seguramente por emanaciones trasportadas por el aire. Letamendi y otros biólogos deducen de las emanaciones eróticas desprendidas de las hembras en celo el uso por las mujeres de esencias y perfumes, aunque bien pudiera ser otro motivo del mismo género de atraer.

Abarca, pues, y no podía menos, el apetito generador en sus manifestaciones todos los aspectos de la vida humana: lo anatómico, lo fisiológico, lo psíquico y lo social. En otros términos, la mujer y el hombre no se definen exclusivamente por los órganos generadores, ni siquiera por los caracteres sexuales secundarios, sino que el sexo se expresa por la totalidad del organismo, desde la indumentaria a la voluntad: por lo mismo no puede prescindirse de la condición biológica de las dos mitades del género humano en cualquier problema social, y hay que considerarlas como son: *ni mejores ni peores, ni superiores ni inferiores, las unas y los otros, sino distintos*. En términos parecidos se expresaba no ha mucho en una polémica periodística mi excelente amigo el Dr. Juarros (1).

Si para tratar del destino del hombre y la mujer en sociedad no es posible prescindir de la Biología, de temerario pecara el que sólo a las leyes que rigen la vida de los seres vivos se atuviera: es el hombre, como dijo Aristóteles, un animal racional, y al alma y al cuerpo tiene que atender el que estudie fenómenos humanos, cualquiera que sea su índole.

Del apetito trófico de las células raíz del hambre se ha remontado mi sabio amigo Turró (2) al origen del conocimiento, y habremos de convenir que siempre se estimaron como superiores en imperio y más

(1) Crónicas médicas en el periódico de Madrid *El Día*.

(2) R. Turró: *Les origines de la connaissance*. París, Félix Alcan.

extensas en su jurisdicción las consecuencias éticas del apetito sexual.

Vías de difusión y generalización del apetito erótico (nerviosa y humoral).

Por dos vías se distienden y generalizan las derivaciones del apetito erótico: por la humoral y por la nerviosa; son las vías dispuestas al servicio de las sinergias fisiológicas y consecutivamente para las complicaciones patológicas. Estas sinergias han sido estudiadas por mi sabio compañero, el Dr. Pi y Suñer, en un libro por extremo recomendable (1).

Circulan con los humores ciertas substancias químicas de alto poder excitante, *los hormones* (2), producidas en ciertos órganos, y van a influir sobre otros más o menos distantes. Son los hormones heraldos químicos que por la vía humoral se dirigen de unos órganos a otros, asegurando recíprocas influencias y contribuyendo a la sinergia anatómica y funcional.

Por otra parte, las excitaciones de los órganos, los clamores de los elementos anatómicos y las oscilaciones en los valores físico-químicos del medio interno son causas de corrientes nerviosas sensitivas que

(1) Augusto Pi y Suñer: *La unidad funcional*. Barcelona. Editorial Minerva.

(2) De ὁρμάω, yo excito.

se reflejan en los centros nerviosos y van a promover acciones musculares de todas clases, o vasomotoras (*congestiones e hipohemias*, *rubor y palidez*), o cardíacas (*taqui y bradicardias*), o secretorias (*lágrimas*, *poli y oliguria*, *salivación*, *sequedad*, *sudores*, etc.); en ocasiones, los reflejos son inhibitorios, y en vez de mover, suspenden la acción; son freno y no espuela, y desde luego susceptibles de multiplicarse y organizarse con distinto plan, según los individuos, el sexo, los hábitos, etc.

Las acciones humorales encargadas a los hormones son mucho más constantes que las excitaciones nerviosas, las cuales pasan en seguida; aquellas más tenaces modifican poco a poco, pero hondamente, el organismo, lo tallan y perfilan en todos sus aspectos. Por lo que hace al sexo, a los hormones que producen las glándulas endocrinas del ovario y los dídimos y otras también endocrinas, como las cápsulas suprarrenales, la hipófisis y el tiroides, se atribuyen con probada justicia los llamados *caracteres sexuales secundarios*, que son los que definen al hombre y la mujer, aparte las diferencias en la estructura y disposición de los órganos reproductores. Son los sexos de la especie humana, sin duda alguna, los mejor diferenciados de la serie zoológica, pues por el desarrollo de las funciones psíquicas se marcan los caracteres del varón y la mujer en aspectos desconocidos por los animales.

No deja, sin embargo, de notarse en ellos fenómenos psíquicos con ciertas apariencias de erotismo.

La iniciativa del amor animal corresponde al macho en la inmensa mayoría de las especies, en armonía con el papel cinético de la gameta masculina (1); y como también al macho se le encomienda en la vida zoológica la defensa y protección de la hembra y de los hijos, suelen ser de mayor corpulencia, mejor armados, de más robusta musculatura, distintos en su porte, con colores y matices brillantes para seducir; al macho corresponde, en suma, la fortaleza, la bravura y la variedad, notándose relativamente pasiva la hembra, menos enérgica e individual; por lo mismo, más aferrada a la conservación del tipo medio de la especie. En las aves estas diferencias sexuales se acentúan: el macho, más aventajado de talla, es gallardo, valiente y, a veces, como el gallo, fanfarrón; luce espléndido plumaje y viste sus mejores galas en la época del celo, por la primavera; hace el amor a las gallinas con los gestos más expresivos, erizando la cresta o las plumas, arrastrando las alas como si quisiera barrer el polvo del suelo en donde la compañera pisa. Las aves canoras, como el mirlo y el ruiseñor, guardan para el amor sus más dulces trinos, y no hay que decir, por conocidas, de las inflexiones de la voz de los mamíferos

(1) El espermatozoide es, en efecto, el elemento activo en la fecundación; con sus movimientos alcanza el huevo, que ejerce sobre aquél un poder quimiotáctico positivo, lo penetra y se funden los dos núcleos, o sea la llamada cabeza del espermatozoide (pronúcleo macho) con el núcleo del huevo (pronúcleo femenino).

en celo. Pero todos estos caracteres sexuales secundarios pueden faltar, y desde luego son escasamente expresivos en nuestros mamíferos domésticos; como que muchas veces, sin el examen orgánico, dudaríamos en la atribución del sexo (1)

Las glándulas endocrinas y los caracteres sexuales.

En el sapo encontró Bidcler el primer órgano endocrino, pues con las apariencias de un ovario se adosa al testículo; no produce jamás huevos maduros, y, sin embargo, influye notablemente en los fenómenos de la vida, puesto que su ablación produce la muerte (2).

Los hormones responsables de los caracteres morfológicos y fisiológicos que distinguen al macho y la hembra proceden principalmente de ciertos grupos de células incluídas en los testículos y ovarios, mas participan otras glándulas endocrinas, las unas de un partido, las otras del contrario, y desde las primeras edades de la vida se entabla una lucha por el predominio entre las que yo he llamado *egoístas*, porque procuran para el individuo, fomentan su talla y

(1) Gómez Ocaña: Discurso de contestación al Dr. Decref a su ingreso en la Real Academia Nacional de Medicina.

(2) Citado por M. Caullery: *Les problèmes de la sexualité*. París, Flamarion, Editeur.

desarrollo, cuanto vigilan las proporciones entre los diversos segmentos del cuerpo humano, y las intersticiales genitales cuidadosas de la reproducción, y por lo mismo *altruistas*. Del equilibrio entre las unas y las otras resulta la armonía en las proporciones del cuerpo, la belleza, la normalidad y la aparición oportuna del apetito genético, coincidiendo con la madurez sexual; de sus extravíos, precocidades y retardos pueden resultar multitud de achaques y aberraciones que caen de lleno en la jurisdicción de la Patología y constituyen esos *ismos* que afligen a la humanidad: el onanismo, el gigantismo, el virilismo, el eunuquismo, el mongolismo, el cretinismo, con mayor o menor trascendencia en las funciones reproductoras.

Aún podemos alegar en la distinción de los sexos una influencia más remota, y que desde el momento mismo de la fecundación decide si el futuro individuo ha de ser macho o hembra. Esta influencia, que hácese contemporánea de la fecundación, es la determinación del sexo (*singamia*) (1).

(1) Así llamada para distinguirla de las hipótesis que suponen la determinación del sexo a una época anterior *(progamia)* o posterior *(postgamia)* a la fecundación. Maurice Caullery, obra citada.

Origen del sexo.

Se atribuye por muchos naturalistas al huevo cuando los hay de dos clases, y con mayor frecuencia se dan dos variedades de semilla, como ocurre en la especie humana. Y claro es que cuando los huevos son todos iguales y sólo la semilla varía, a ésta corresponde la determinación del sexo.

Se supone por modernos biólogos que en la semilla se contienen dos factores con agencias distintas y contenidos también en materiales diferentes; una de estas materias sería relativamente estable y funcionaría a modo de catalizador o excitante para promover la segmentación y el desarrollo del huevo; la otra sustancia es la *cromatina,* específica, muy alterable y portadora del plan de la construcción del engendro, al cual trasmitiría los caracteres de la estirpe. Y podría darse el fenómeno, se ha dado experimentalmente (1), que una semilla fuertemente al-

(1) Los Hertwig (Oscar y Günther) han demostrado que cuando sufren la acción del radio los espermatozoides de la rana, pueden resultar malformados los embriones; mas si la lesión, por la irradiación de la semilla, es más profunda, lejos de acentuarse la maltormación de los embriones, resultan éstos completamente normales, hecho, al parecer, contradictorio, si no se explicase por la destrucción de la cromatina portadora de la cromatina paterna. En corroboración de este

terada por irradiación, intoxicación con el alcohol, y tal vez por la influencia de las infecciones (tuberculosis, avariosis), perdiera la cromatina activa, con lo cuál ninguna participación tendría el padre en la fabricación del hijo; mas como resistió el catalizador, éste solicita al huevo, y la evolución comienza y el desarrollo se completa, resultando un hijo, claro que del sexo masculino, tan hijo exclusivo de su madre cuanto lo puede ser un zángano que nació por partenogénesis de la abeja reina de la enjambre. Hay que contener la imaginación para que no se dispare a la consecuencia de un crecimiento de la natalidad masculina, en un futuro inmediato, por la generación partenogenética de mujeres unidas en matrimonio a varones intensamente deprimidos o degenerados.

Conjetura por conjetura, no echemos en olvido que se ha llegado a sospechar una partenogénesis masculina, que se daría cuando se instalase en huevos de cromatina averiada, semilla que conserva activa la suya. En este caso, es de suponer que el producto sería femenino, ya que, según la hipótesis de Wilson (1), el engendro de hembras sería la conse-

supuesto, los mismos autores demostraron que en los casos de lesión extrema de los espermatozoides, después que penetran en el huevo parecen ajenos a la evolución, pues su cromatina, en vez de fusionarse con el pronúcleo femenino, permace arrinconada en el protoplasma.

(1) E. B. Wilson, citado por Loeb en su obra *The mechanistic Conception of Life*, 1912.

cuencia de un huevo fecundado por un espermatozoide provisto de cromosoma sexual (1). Cuando una gameta masculina, desprovista de cromosoma sexual (y se supone que en la semilla del hombre se reparten por mitad las dos variedades) fecunda a un huevo, éste se limita a su propio cromosoma, y el producto es un varón; mas si un espermatozoide con su cromosoma acierta con un huevo que naturalmente posee el suyo, después de la fecundación resulta el huevo con dos cromosomas sexuales, y el producto una hija.

En este aspecto de los cromosomas sexuales, supuestos en las gametas, los varones resultan principalmente hijos de las madres, y las hembras, de los padres.

Muchas veces se dan en las familias estos parecidos cruzados, y con más frecuencia se nota la predilección de los padres por las hijas, en contraste con la preferencia que las madres muestran por sus hijos.

En la predilección de los padres por las hijas ¿entrarán estos remotos antecedentes quimiobiológicos? ¿No será un residuo ancestral de la atracción recíproca del sexo? ¿No dependerá de la protección que el individuo fuerte, el padre, ofrece a la debilidad de las hijas? Temerario sería intentar una conclusión faltándonos luz para esclarecer tan oscuros

(1) Así apellidan a un cromosoma especial, portador de la virtualidad del sexo.

como complicados problemas. Y aunque el sexo se determinase después de la fecundación, bajo la influencia de las glándulas endocrinas, las cápsulas suprarrenales, por ejemplo, o por otros factores no sospechados, siempre la experiencia pasada acreditaría la esperanza de que se mantendrá el equilibrio de los sexos después como antes de la guerra.

De la influencia de las secreciones internas sobre los caracteres sexuales se ha descartado la que se atribuye a las cápsulas suprarrenales. Cítanse, al efecto, la insuficiencia suprarrenal que indican las manchas oscuras (paño) y los vómitos, a veces incoercibles, de las embarazadas, y la fatiga no justificada muchas veces por la gravidez. Estos defectos de función suprarrenal se acentúan en los embarazos de las hembras (Regnault y Robinson). Y a esto, al diagnóstico precoz del sexo de la criatura que va a nacer, es a lo que en mi opinión alcanzaría, si alcanzan, los síntomas de insuficiencia suprarrenal, pues si mejoran con la administración de adrenalina, es impotente este alcaloide para cambiar el sexo del producto de la concepción.

Así y todo, queda en el ánimo la sospecha de un agente químico, antecesor de la adrenalina y posiblemente contenido en las glándulas reproductoras, y que determinaría, al comienzo de la evolución de las gametas, el sexo de la criatura.

Las glándulas endocrinas, encartadas por algunos autores en el problema de los sexos, parecen más bien creadas al servicio de la virilidad, como si por

los hormones que vierten en la sangre avivaran la llama de la antorcha de Prometeo. He citado antes la insuficiencia suprarrenal como indicadora de un embarazo de criatura femenina; y, por el contrario, las demasías de estas glándulas, cuando se dan en las mujeres, las lleva al virilismo. Se les desarrolla la musculatura, se fortalece el carácter, baja el tono de la voz, se atrofian las mamas y demás glándulas femeninas, y aparecen pelos en la cara, en los lugares del bigote y barba de los hombres.

En las condiciones normales, la adrenalina, segregada por las cápsulas, estimula, de una parte, la energía de los músculos, y de otra, la desamortización del glucógeno hepático, con producción de glucosa, que es a los músculos lo que el carbón a las máquinas de vapor. Y no hay duda que la energía muscular es un carácter varonil.

El decaimiento de la hipófisis coincide con el exceso de grasa, que redondea las formas (carácter femenino) y determina la frialdad de los varones.

El mismo tiroides, que en otro tiempo estimaba yo como glándula de carácter femenino (los ovarios del cuello), es, como dijo Noorden, un fuelle que aviva las combustiones. Sus deficiencias conducen a la frialdad en todos sus aspectos, a la apatía y al decaimiento de las funciones mentales.

Después de esto, pudiera sospecharse si la Naturaleza puso las principales glándulas endocrinas al servicio del carácter masculino. ¿Fueron las citadas glándulas un ascenso anatómico adquirido en garan-

tía de la variedad y del progreso de las especies? Recordemos que el carácter femenino, más pasivo, se aviene mejor con la conservación del tipo medio de la especie.

Aunque se acepten como contemporáneas la fecundación y la determinación del sexo, y todavía más si se conviene con la epigamia, que lo anticipa al momento de la fusión y lo atribuye a las gametas, es lo cierto que no se fijan de una vez y para siempre los caracteres sexuales, ni los orgánicos ni los secundarios, sino que, aparte el período de indeterminación embrionaria, hasta que se concretan los atributos de las glándulas (ovario o testículo) en el feto, en el niño y en el adulto, siguen atentas a la sexualidad las glándulas endocrinas antes citadas y las funciones todas del organismo. Así se explican los pseudohermafroditismos de la especie humana, los enfriamientos eróticos y las aberraciones e inversiones. Preocupándose de ellas, así como en la persistencia en las hembras de ciertos residuos viriles (barba, bigote, voz grave, excesiva musculatura, etcétera), y en el hombre de ciertos caracteres femeninos (falta o pobreza de barba, mamas, abundancia de tejido adiposo, etc.), pudo decir Letamendi (1) que el sexo contrario late en cada persona, dominado, no extinguido. Cuando escribía aquel genio, no se

(1) Letamendi: *La verità sulle aberrazioni ei delitti nell' ordini sexuale.* Comunicación al XI Congreso internacional celebrado en Roma en 1894.

había descrito en la Patología endocrina el curioso achaque de virilismo que acomete y subversiona a las mujeres cuando se les hipertrofia la corteza de la cápsula suprarrenal.

Las hipótesis acerca del origen de los sexos, hasta aquí reseñadas, no dejan margen a las preferencias de los padres por tener hijas o hijos, ni a los intereses de los ganaderos cuando les convienen machos o hembras (1); pero también se han expuesto conjeturas que permiten influir sobre el sexo de la criatura por venir; entre ellas citaremos dos: la de Thury (en leve parte confirmada por los experimentos hechos en la rana por R. Hertwig), que hace depender el sexo de la madurez mayor o menor que alcanza el huevo al ser fecundado: si el espermatozoide le sorprende al principio, el embrión es de sexo femenino, y cuando le fertiliza en un estado de más avanzada madurez, del masculino. La otra conjetura define el sexo del engendro en oposición con el consorte más vigoroso: varones si la hembra es poderosa, hembras cuando la energía paterna domina. Ninguna de las dos conjeturas se sustenta en un protocolo expe-

(1) Se comprende la utilidad de una receta que pusiera en manos de los ganaderos la producción de hembras o machos, a voluntad, dado los valores distintos que logran las hembras y los machos, según las especies y las exigencias del mercado: así, por ejemplo, en la especie bovina las hembras alcanzan superiores cotizaciones para la cría y la industria lechera; en cambio, se pagan más los machos en las ganaderías de reses bravas.

rimental o estadístico que las justifique; mas es de notar en la segunda su conveniencia con la observación de un parecido cruzado entre los padres y los hijos, y también con el sexo macho que distingue a todos los individuos engendrados por partenogénesis.

Estadística de los sexos.

Cualquiera que sea el mecanismo que preside a los sexos, convengamos en la regularidad con que mantiene su equilibrio numérico. Las estadísticas animales faltan, naturalmente, en las especies salvajes, y de las domésticas contamos sólo con una, la de los caballos, por cierto muy numerosa, porque pasa del millón de cabezas; en la especie equina los nacimientos de hembras superan al de machos, lo contrario de lo que ocurre en la especie humana.

Caballos ♂ = 96,5 Yeguas ♀ = 100.

Mas, volviendo a las proporciones numéricas entre hembras y machos, es de creer que lo que observamos en las especies domésticas se repita en las salvajes, de las cuales, naturalmente, carecemos de estadística; sin que sea argumento en contrario que en la caza se capturen o maten mayor proporción de uno de los sexos, ordinariamente más machos que hembras; que éstas bien pudieran guarecerse en sus nidos o cubiles.

¿Qué se diría de una estadística de vecinos de Madrid por los que se pudieran contar en las horas críticas, que son las más de la jornada, entre los paseantes y espectadores de la Puerta del Sol? El observador que tal hiciera sacaría seguramente un predominio de varones en la población de la Villa y Corte.. Y no digo si el déficit de mujeres no se exageraría en cualquier calle céntrica andaluza: por ejemplo, la de Larios, en Málaga, o la de las Sierpes, en Sevilla. Este pseudo demógrafo deduciría de su estadística que en la Perla del Mediterráneo y en la ciudad de la Giralda no había mujeres. ¡Vaya si abundan y valen la pena de colocarlas a la cabeza del sexo femenino! Hay que confesar, sin embargo, que por el número de nacimientos las mujeres acusan en las estadísticas demográficas de los países civilizados del último siglo un pequeño déficit con relación a los hombres: ♂ = 106; ♀ = 100; pero como los hombres mueren en mayor proporción, por estar más expuestos a la fatiga, a los traumatismos y a las infecciones, en los censos totales dominan las mujeres. En la mayor parte de los países la mortalidad masculina es a la femenina como 130 es a 100.

En España las proporciones son análogas, y los nacidos varones representan, en números redondos, el 52 por 100; es de notar el año 1916, excepcionalmente abundante en nacimientos masculinos, que alcanzan a 53,94 por 100. Con motivo de la guerra, en ese año las subsistencias se habían encarecido mucho, no tanto como hoy; mas tratándose de un fenó-

meno tan complejo como el origen de los sexos, sería temerario atribuir a la escasez el exceso de nacimientos masculinos, pues se ha observado que nacen mayor número de mujeres en los países prósperos y en los años abundantes. Ocasión es la presente para que las estadísticas comprueben o desechen la hipótesis, pues la miseria por la guerra afligió a muchos países y comprendió a centenares de millones de personas. Por este lado, si la conjetura fuera cierta, habría que esperar muchos varones, en compensación de los que perecieron en la guerra (1). Véase a continuación el número y las proporciones de nacimientos de varones y hembras en España en los años que van de 1901 a 1917.

	AÑO 1901	AÑO 1903	AÑO 1907	AÑO 1908	AÑO 1909	AÑ[illegible] 191[illegible]
Varones.		342.933	323.746	344.720	340.489	338.[illegible]
		52,30 %	52,42 %	52,38 %	52,34 %	52,37[illegible]
Hembras		312.716	293.901	313.288	310.009	308.[illegible]
		47,70 %	47,58 %	47,62 %	47,66 %	47,63[illegible]
Total..	*650.649*	*655.649*	*617.647*	*658.008*	*650.498*	*646.9[illegible]*

(1) Los experimentos de Bleringhem sobre el maíz dan la razón à la hipótesis que acabamos de esbozar. Los tallos de este cereal terminan en un penacho de flores machos, la copa; mientras que los órganos femeninos, la espiga, se destacan lateralmente. Todos los labradores saben que la cosecha

Las estadísticas, al asegurar el equilibrio númerico entre los dos sexos, garantizan el porvenir de la Humanidad, a menos que ésta, queriéndolo o sin querer, por falso altruísmo o mal entendido egoísmo, obstruya el único, el positivo venero del acrecentamiento del género humano: la natalidad. Con los progresos de la Higiene se aleja el vencimiento de la vida, se previenen las más de las muertes por enfermedad y se alargan los días de las personas afectas de vicios constitucionales o lesiones orgánicas. Mas, aunque se consiguiera extender los horizontes de la vida con los recursos de la Medicina y de la Higiene, no se evitaría la decadencia del censo, precursora de la despoblación. Sobre que una sociedad con po-

AÑO 1911	AÑO 1912	AÑO 1913	AÑO 1914	AÑO 1915	AÑO 1916	AÑO 1917
28.459	334.333	322.871	317.719	331.605	314.156	
2,26 %	52,41 %	52,25 %	52,23 %	52,49 %	53,94 %	
9.984	303.527	294.979	290.488	299.857	284.855	
7,74 %	47,59 %	47,75 %	47,77 %	47,51 %	46,06 %	
28.443	*637.860*	*617.850*	*608.207*	*631.462*	*599.011*	*602.102*

es tanto más abundante cuanto mejor abonadas están las tierras; es decir, que las mazorcas, lo femenino, corresponden a la abundancia de alimentos. Con ingeniosos experimentos Bleringhem ha comprobado que la penuria es favorable al sexo masculino.

cas defunciones y escasos nacimientos aparecería petrificada, casi sin niños que alegran la vida, y plena de viejos y de valetudinarios.

Demos de lado a los antecedentes prehistóricos de si la sociedad humana comenzó en el matriarcado, supuesta la poliandria; prescindamos por el momento de las sectas que consienten la poligamia y de los varones que, casados, solteros o viudos, se dedican a más de una mujer; la estadística, que es en este punto la manifestación del automatismo fisiológico, asegura el equilibrio numérico entre los dos sexos, y da la base biológica del matrimonio para perpetuar y fomentar la especie humana. Dos hijos bastan para reemplazar al padre y la madre; y si todos cumplieran con este tributo, el censo se mantendría; mas sólo teóricamente, porque son muchos los individuos que no se casan, y abundan los matrimonios estériles. El tercer hijo, cuando menos, es necesario para la conservación del pueblo, y más si se pudiera; que hay mucho mundo por poblar y muchísima riqueza esperando alumbramiento y explotación.

Sobre este punto volveremos a insistir en la tercera parte de esta obra; cerremos la primera reiterando la conclusión de que el equilibrio numérico entre los dos sexos prejuzga el matrimonio: cada hombre con su mujer.

SEGUNDA PARTE

EL HOMINISMO

SUMARIO.—¿Hominismo o feminismo?—La guerra ha exaltado el feminismo.—Lo que se puede sacar de la Biología para el destino de la mujer (el hombre y la mujer).—Caracteres químicos del uno y otro sexo.—La maternidad es el alto destino de la mujer.—Reivindicaciones femeninas.--El servicio doméstico (la sirvienta, la institutriz y la nodriza).—La maestra.—El hominismo. Deducciones de un experimento. Los derechos políticos de la mujer.

¿Feminismo u hominismo?

Fué Saint-Saëns, el inspirado autor de los cantos de que se vale la astuta Dalila para seducir al incauto Sansón, el que propuso el término *hominismo* como calificativo adecuado a las modernas aspiraciones de las mujeres que tratan de igualar, alternar y aun suplantar a los varones en sus funciones civiles, profesionales y políticas. Y, como advierte muy donosamente Edmond Perrier (1), no les hacía falta a las sufragistas mejor argumento que el que pusieron a su alcance los sabios con sus experimentos de partenogénesis artificial. Era el golpe definitivo a la importancia del varón, ya que, cuando menos, en las especies inferiores podía la hembra reproducirse sin el concurso del macho, habiendo los sabios averiguado que podía sustituirse la eficacia de la semilla con agentes físicos o químicos, a elegir, entre los que se manejan y gradúan en los laboratorios.

Y mayores sorpresas les prepara la ciencia si llegan a confirmarse las presunciones de Delage acerca de la partenogénesis humana, porque, en cuanto las conozcan, ciertas madres se proclamarán autoras exclusivas de sus hijos, sin que el padre haya puesto otra agencia que la ocasión para que la mujer se reproduzca. Pero si semejante presunción puede re-

(1) E. Perrier: *A travers du monde vivant*, pág. 320.

montar las ambiciones femeniles, también habrá de moderarse ante la consideración de posibles partenogénesis masculinas, a la cual contribuye la mujer con lo puramente material de la reproducción, en tanto que al padre compete evolución y arquitectura del nuevo ser (véase la parte primera).

Tiene razón Camilo Saint-Saëns. A la mujer que se sale de su casa y de sus casillas; que aspira a concejal, o diputado, o ministro; a médico, abogado e ingeniero femenino; a la mujer exclusivamente literata o sabia, a la que se distingue por su fuerza o agilidad en los deportes masculinos, que juega en el Círculo y se viste con un sastre, le cuadra el título de *hominista;* mas por fortuna, y por mucho que abunden las mujeres de este tipo, siempre serán inmensa mayoría las que, por ser muy *femeninas*, les cuadra el dictado de *feministas*. Podemos definir el feminismo como la exaltación de las naturales aptitudes de la bella mitad del género humano. Esta definición, como luego veremos, es compatible con todas las aspiraciones femeninas, incluso el derecho electoral y la representación.

Es costumbre dejar para lo último la conclusión de un estudio, y así lo impone la lógica al estudioso; el expositor puede permitirse el adelanto de la tesis, y tomándonos esta licencia, afirmamos que el feminismo natural, fisiológico, dista tanto del hominismo ultramodernista como de la frivolidad, simpleza y vacua coquetería. No es la mujer un individuo humano desconocido y privado injustamente de sus de-

rechos naturales, ni tampoco un objeto de placerl dotado de los mayores encantos sólo para regalo de apetito del que pueda o sepa ganarlos, pagarlos o conquistarlos (1).

La guerra ha exaltado el feminismo.

Nunca como ahora se ha puesto en juicio el destino de la mujer, y la guerra mundial ha dado ocasión al experimento en colosales proporciones. Ausentes de los campos y de las ciudades los millones de hombres que se han movilizado, muertos o inútiles también millones devarones en la edad florida, y prósperas como nunca las industrias que nutrieron de material de guerra a los beligerantes, y que mañana inundarán los

(1) He aquí cómo se expresó la elocuente y digna señora Espinosa en la Sociedad de Higiene de esta Corte: «Decir que el feminismo es una cuestión puramente sexual, no sólo es un absurdo filosófico, sino un atentado contra la dignidad de toda mujer consciente que ha venido a este mundo para algo más que ser hembra. El feminismo es una colosal y justa protesta que comienza a extenderse por todos los ámbitos del mundo para que cese la preterición en que la mujer se encuentra respecto a las leyes, derechos y prácticas sociales.

Feminismo es, aparte de otras nobles y hermosas definiciones, *justicia, igualdad y amor éntre el hombre y la mujer;* pero no *tutela*, *absorción* y *tiranía.*» Extracto publicado por el periódico *El Mundo*, 13 Marzo 1919.

mercados de maquinaria, motores y manufacturas de todas clases, las mujeres de los países que fueron beligerantes, y aun de los neutrales, se han derivado forzosamente hacia los oficios masculinos y alcanzaron en sus agencias hasta las mismas líneas de fuego, pues si las mujeres no se baten, socorren y curan a los heridos, alientan a los combatientes, les llevan alimentos, regalos y hasta diversiones; que no han sido una ni dos, sino muchas, las artistas que exhibieron las muestras más selectas de su arte para solaz y tono de los soldados.

Las mujeres, por lo que yo he visto en Francia, y cualquiera ha podido apreciar a través de la lectura de los periódicos y revistas ilustradas, suplen a los hombres y les substituyen en las labores de los campos, sin excluir las más rudas: la cava, la poda y el arado; dirigen coches y tranvías, trabajan en los talleres de todas clases, en la fabricación de municiones y máquinas de guerra (1), y, por supuesto, se han multiplicado en aquellas funciones en que ya alternaban con el sexo masculino: correos, telégrafos, teléfonos, imprentas, escritorios, bancos, tiendas, revisión de billetes en las Compañías de tracción, servicio de hoteles, restauranes, cafés y cerve-

(1) Así se expresaba una revista, *América Latina*, en el último año de la guerra: «Cada mujer que en estos momentos se ocupa de labores relacionadas con la guerra representa un hombre que se bate en el frente.»

En Inglaterra, un periódico estimaba en 700.000 mujeres las empleadas en la preparación del material de guerra

cerías; enseñanza en todos sus grados, incluso la universitaria; servicios de hospitales, asilos e institutos benéficos de todas clases.

Para apreciar con todos sus quilates el valor de una labor humana, se necesita que ésta se realice entre los más hábiles, con la libre concurrencia de los trabajadores, artesanos o artistas, sin excepción de edad, sexo ni nacionalidad. Tampoco las condiciones de anormalidad en que hoy vive Europa, singularmente los países beligerantes, consienten una crítica razonada de la obra que realizan las mujeres, ni es la ocasión propicia para establecer un paralelo entre sus aptitudes y las de los hombres: basta con que los suplan y llenen los puestos que en los diversos ramos de la actividad humana dejaron vacantes los varones que se alistaron en los ejércitos. Y lo que es del éxito de la suplencia nadie puede dudar, así cómo de las mayores ganancias que realizan las mujeres en sus nuevos oficios. Menos influídas las mujeres por los partidos socialistas, trabajaban sin reserva y realizaban en las fábricas labor útil muy superior a la de los hombres en igualdad de condiciones.

En las fábricas de municiones cobraban hasta seis, siete o más francos de jornal, ganancia muy superior a la que realizaban en sus antiguos talleres de modas, confecciones y de arte, o en las diversas tareas domésticas en que pueden emplearse las mujeres.

Ahora, al término de la guerra, dieron de mano muchas de estas manufacturas accidentales, y aun-

que en algunas de ellas, restablecidas las antiguas industrias, permanezcan las mujeres tanto por las aptitudes que demostraron como para suplir el déficit de brazos masculinos, es lo más probable que muchas de las obreras queden sin ocupación en los talleres en que trabajan, viéndose obligadas a volver a sus antiguos oficios, con todas las desventajas de una necesaria reeducación y la merma del salario cuando la carestía de las subsistencias reclama mayores recursos. Porque auguraban los economistas y aconsejaba el sentido común que no por terminar las batallas había de restablecerse el equilibrio económico: después de tan tremenda convulsión, los negocios, como las aguas agitadas por la galerna, no se quedan tranquilas y pacíficas, sin que antes las olas accionen y reaccionen hasta recobrar la calma.

Tal es el problema que se ofrece al feminismo después de la guerra. Antes de ella, las mujeres, persiguiendo su liberación económica (ningún organismo puede darse por libre si no posee medios propios de sustento), se preparaban para los oficios y profesiones ejercidos de antaño sin competencia por los hombres. La conquista del pan, en forma de sueldo de los presupuestos del Estado, de la Provincia o del Municipio, comenzó, naturalmente, por aquellas profesiones, como la enseñanza, en la que pueden colaborar las personas de uno u otro sexo, sin estorbarse, sino más bien completándose recíprocamente, ya que, según la edad y el sexo de los alumnos, conviene la maestra en unos casos y el maestro en otros. Mas

no se limitaron a los escalafones de la enseñanza pública las ambiciones de las mujeres aspirantes a los empleos, sino que sucesivamente invadieron las oficinas de correos, telégrafos y teléfonos, las bibliotecas y archivos y museos, los Bancos y escritorios comerciales e industriales, los mostradores de los comercios, y hubo también mujeres médicos, y farmacéuticos, y abogados, y profesores de las enseñanzas superiores. Para esta conquista pacífica de los empleos públicos o privados, así como para el ejercicio de las profesiones en concurrencia con los hombres, las mujeres no necesitaron de la guerra, aunque en algunos países lucharon bravamente por la integridad de sus derechos civiles y políticos, el voto (1) y la representación municipal o parlamentaria (2). En España mismo, donde ha votado en las elecciones senatoriales por la Universidad Central una doctora, una directora de Escuela, y cuenta con una profesora o catedrático el claustro ordinario, figuran damas en el Consejo de Instrucción Pública, y un senador, el Sr. Tormo, interpretando liberalmente el artículo 21 de la Constitución, admitió la posibilidad

(1) Ya lo han conseguido en diversos países, y recientemente en Inglaterra.

(2) En la Asamblea alemana recientemente elegida y que se reunió en Weimar, figuran 30 mujeres. En Inglaterra el escaso término trascurrido entre la concesión del derecho electoral y las elecciones fué la causa de que no hayan triunfado algunas candidatos: entre las presentadas por el *Labour Party* las había de alto mérito.

de que tomaran asiento en la Alta Cámara, como senadores por derecho propio, las grandes de España que con la renta que la misma Constitución señala contaran más de treinta y cinco años. Faltóle al galante senador un ruego para que se rebajase la edad que exige la ley para tomar asiento en el senado, porque con la vigente, muy alejadas de la juventud me parece que habían de ser los senadores femeninos que confesaran los años requeridos y se titularan así: senadoras, de *senex*, anciano; es decir, viejas.

Nada hay de nuevo en el mundo, dice el adagio, y tampoco resulta novedad de la actuación femenina en Parlamentos y Universidades. Lucie Felix Faure (1) cita a este propósito a Mahaut, condesa d'Artois y par de Francia; yo mismo he citado en otra ocasión a la hermosa Novella, hija de Giovanni d'Andrea, profesor de Derecho en la Universidad de Bolonia, que substituía a su padre, presumo que con gran complacencia de los estudiantes; y eso que la linda catedrática, para evitar que se distrajeran con sus encantos físicos, explicaba tras una cortina, fiando su éxito docente a la forma del discurso, aunque es de suponer la influencia de la dulce voz femenina. En la misma Universidad, y también como profesora de Derecho, actuó Giovanna Bianchetti, aunque no se tiene noticias de sus atractivos, que, por lo demás, hicieron innecesaria la cortina. Seguramente

(1) *La femme au foyer* 1.er *Dans la cité*.

entre nuestros contemporáneos estáis recordando a madame Curie, que substituyó en la cátedra a su esposo, muerto por un accidente, y cuya sabiduría, nobleza y modestia acabamos de admirar los congresistas del primer Congreso Nacional de Medicina, recientemente celebrado en Madrid.

Mas ¿para qué acudir a ejemplos extraños cuando entre las mujeres españolas contamos con aquel dechado de virtudes que distinguieron a nuestra magnífica reina Isabel la Católica? Nunca brillaron en frente femenina aptitudes tan raras: la previsión, la fortaleza, la dulzura, la dignidad, la modestia; y jamás tampoco se ha dado mujer más mujer que Doña Isabel, en su doble aspecto de esposa y madre. Dos ejemplos memorables de mujeres españolas contemporáneas acuden a mi memoria; las dos honran el sexo: casada y madre la una, D.ª Concepción Arenal; soltera la otra, la vizcondesa de Jorbalán; madres las dos en el más amplio sentido ético, pues con ardiente caridad se dedicaron al alivio de los desgraciados, presos y jóvenes descarriadas.

El destino de las mujeres ha cambiado mucho en los diversos períodos de la Historia, y, a juzgar por los documentos prehistóricos (los dibujos rupestres, por ejemplo), muy poco conserva nuestra actual compañera de aquella hembra infeliz perseguida y sometida por el hombre de las cavernas. Hoy mismo no es igual la suerte de las mujeres en Inglaterra, en Rusia, en América, que en el Japón o en las colonias africanas.

Me propongo examinar el problema enfocándolo desde el punto de vista biológico y fisiológico, y a la postre deducir algunas tímidas reflexiones sociales y económicas.

Lo que se puede sacar de la Biología para el destino de la mujer.

En lo anatómico, aparte los órganos destinados a la generación, ninguno otro diferente distingue entre sí a los individuos de uno y otro sexo. Y aún se establecen paralelos y analogías entre los sexuales masculinos y femeninos, comenzando por las glándulas que producen los elementos generadores, huevo y semilla, cada cual provista de sus respectivas glandulillas intersticiales, procuradoras respectivamente de los caracteres secundarios que distinguen con las mayores apariencias al hombre de la mujer. Pero nótese que estos caracteres secundarios son relativos, como se deduce a poco que en ellos se reflexione; y así, por ejemplo, los dos sexos poseen mamas que se desarrollan en la época de la pubertad en las mujeres, y se atrofian en los hombres, regla que tiene excepciones. Como también las tiene el bigote y la barba, que hay varones lampiños y mujeres barbudas; la voz femenina, de timbre más agudo; la longitud del pelo en el cuero cabelludo, la anchura de la pelvis, la pequeñez del cráneo, la morbi-

dez de las formas, la trasparencia y delicadeza de la piel, el escaso desarrollo muscular y la delicadeza de los huesos, son caracteres femeninos, a las veces atenuados en las mujeres o aparentes en los varones. ¿Quién no recuerda mujeres de voz grave, pelo corto, caderas estrechas, cabeza grande, formas angulosas, piel gruesa y velluda, mucho músculo y recio esqueleto? Y aun cuando no se recuerda el ejemplo de un marimacho con todos los caracteres del sexo opuesto, ¿cuántas mujeres hemos visto, muy femeninas por lo demás, y, sobre todo, madres, qué la maternidad es el más relevante carácter femenino, que fueron barbudas o se distinguieron por la voz grave, el esqueleto recio, el pelo corto y el carácter decidido?

Por el contrario, ¿quién no ha visto varones atenuados? A veces, varones muy varones, que han tenido que imponerse con masculina energía para hacerse perdonar la voz aflautada, la cara sin pelo y las formas redondas.

Y es que, desde el punto de vista fisiológico, los caracteres sexuales secundarios no son procurados exclusivamente por las glandulillas intersticiales del testículo o del ovario, sino que, a tallarlos en lo corporal como a determinarlos en lo fisiológico, concurren, según vimos en la primera parte, las demás glándulas endocrinas; las suprarrenales y la hipófisis, coadyuvantes de la virilidad, y el tiroides, moderador del anabolismo femenino. Amén de las variaciones que en los caracteres individuales imprime el ejercicio y el género de vida.

Caracteres químicos del uno y del otro sexo.

Mas, si ahondamos en el problema, vemos distinguirse los sexos por caracteres químicos que no por ser relativos dejan de manifestarse con claridad. Es el organismo masculino, en la serie animal, el que tiende e impone la evolución, la variedad, el progreso de las especies o de las estirpes; en el macho domina el catabolismo y, en su consecuencia, la energía y el dispendio; por el contrario, la hembra recuerda en la serie zoológica el caracter vegetativo de las plantas. Éstas son principalmente organismos de síntesis, y por lo mismo predomina en ellas el *anabolismo*. Son los vegetales las grandes fábricas de materias orgánicas, y mediante la clorofila convierten en hidratos de carbono el CO_2 y el H_2O, utilizando para esta conversión la energía de los rayos solares; y no, por cierto, las radiaciones de mayor energía química (las azules y violetas), sino las rojas y anarajadas. Sin el Sol no viven las plantas, ni hubieran vivido los animales, ni viviríamos nosotros; mas si algún día la antorcha solar se apagase, aunque con [illegible] diab[illegible] de calefacción, no central, sino mun[illegible] térmicas telúricas de Berthelot por ejemplo, nos libráramos de morir de frío, todavía nos alcanzaría la muerte de inani-

ción a falta de hidratos de carbono, la industria orgánica original. Es de advertir que las plantas verdes que producen hidratos de carbono, y luego con éstos construyen los albuminoides o proteínas, aunque son organismos de síntesis, no excluyen de su metabolismo las operaciones catabólicas y exotérmicas, muy notables en las épocas de floración y reproducción; mas ¿qué importa el gasto energético de los vegetales en parangón con su maravillosa economía para producir y conservar materias orgánicas?

Viene esto a cuento de los caracteres catabólicos que también se dan en las hembras, sin contradecir, sino simplemente velar, el fondo anabólico de su carácter. Porque hay mujeres con muy poca grasa, nerviosas, irritables, de inestabilidad casi explosiva; y, sin embargo de estas apariencias, se dan mujercitas delgadas, con la anchura pélvica estrictamente suficiente para evitar un parto distócico, muy activas y, con todo, muy fecundas. Algunas he conocido yo que fueron madres de más de una docena de hijos y que no alcanzaban cincuenta kilogramos de peso. Nadie, al verlas tan enjutas, delicadas, con apariencias de niña y temperamento nervioso exagerado, hubiera podido adivinar que aquellas frágiles apariencias ocultaban una robusta maternidad.

Por el contrario, son frecuentes las mujeres casadas y estériles o solteras en las que el anabolismo femenino se entretiene en la fabricación de grasas y

las lleva a la obesidad (1). Es tan complejo el organismo, que se imbrican, cruzan y combinan de mil maneras las operaciones químicas contrarias, y es precisa una madura reflexión para distinguir lo que es accidente de lo que es fundamento de la economía.

El mayor servicio que las plantas cumplen en la vida es la creación de materiales orgánicos, los hi dratos de carbono primero, y después las proteínas. Son las plantas matrices en donde se forma la materia orgánica, como son las hembras organismos en los que denomina la síntesis (2), y también la creación de materia orgánica y aun organizada, desde la grasa subcutánea hasta un nuevo individuo, el hijo.

Allá en el hondo quimismo de la vida humana se encontrará la relación entre los órganos generadores y los caracteres sexuales: seguramente nos ma-

(1) En la obesidad paran los individuos de uno y otro sexo cuando se atrofian o simplemente declinan las glándulas generadoras, y también cuando sufren de insuficiencia hipofisaria (síndrome adiposo genital de Frötich).

(2) El carácter anabólico del organismo alcanzaría en algunas especies hasta el propio huevo; habría en esas especies dos clases de huevos: unos mayores, que producirían hembras, y otros más pequeños, engendradores de machos. Russo ha encontrado, por ejemplo, dos clases de huevos en las conejas: los unos, que él denomina *anabólicos,* ricos en lecitina y productores de hembras; en los otros, llamados *catabólicos*, la lecitina se había gastado en parte, dejando un residuo cristalino de ácidos grasos.

ravillaríamos si llegáramos a conocer las leves causas iniciales que determinan el sexo. Un poco más o menos de ácido o de álcali, estos o aquellos lipoides, la cromatina o la lecitina aumentada o disminuida, variaciones de la presión osmótica, hormones diversos actuando en una o en otra dirección, y quién sabe si otros factores que hoy escapan a nuestro análisis. Mas, dada la trascendencia de la sexualidad, que abarca la vida entera, desde lo anatómico hasta lo psíquico, puede afirmarse que las causas que la determinan son muy hondas: como que tienen sus raíces en el metabolismo de las células, incluso el núcleo, que juega principal papel en la reproducción.

Otra consecuencia podemos deducir del somero análisis de las complicaciones y aun las aberraciones sexuales de la especie humana: que los caracteres sexuales secundarios pueden acentuarse o declinar hasta invertirse, las más veces en consonancia con la baja o algidez de las funciones generadoras; pero algunas sin relación con el valor efectivo de las mismas.

¿Quién no ha conocido varones con muy atenuados caracteres viriles secundarios que, sin embargo, fueron padres de una numerosa prole? Estas alternativas en los caracteres sexuales tienen su eco lejano en las especies zoológicas hermafroditas; y aun en especies superiores, con completa separación de sexos, cuesta trabajo distinguir el macho de la hembra. Muchas veces no hay otro criterio que la inspección directa de los órganos de la generación, y en

otras aún más disimulados, el análisis histológico de las glándulas sexuales (1). No todos los machos han de ser Sansones, pues los hay pigmeos en tamaño y fuerza respecto a las hembras, ni tampoco es posible marcar las diferencias sexuales por el hábito exterior, ni por la voz, ni por la fuerza muscular, ni por la inteligencia, ni por la voluntad. El sexo está en todos los lugares anatómicos, y fuera de los órganos generadores, en ninguno; influye sobre todas las funciones y no se las puede distinguir en femeninas y en masculinas. Si en lo anatómico el hombre posee mamas rudimentarias (que por excepción pueden desarrollarse y funcionar), y en lo histológico puede ofrecer exuberante desarrollo de tejido adiposo, lo mismo pueden encontrarse mujeres atletas, enérgicas y hasta barbudas.

La maternidad.

La Naturaleza, tanto como la tradición zoológica y la herencia, marcaron el destino de la mujer: el más alto y excelso de los ministerios, la maternidad. Cierto que antes de la pubertad y después de la menopausia la mujer no puede concebir; mas quien ob-

(1) El lector que desee ilustrarse en este punto consulte la obra de Maurice Caullery *Les problèmes de la sexualité*. La sabiduría del profesor de la Sorbona ha sido por nosotros estimada y apreciada recientemente.

serve atentamente a las niñas y a las ancianas ¿podrá dudar que las primeras se preparan para la maternidad, y las abuelas la ejercen éticamente cerca de las nietas? Y si no concibieron, tampoco son inútiles en este aspecto las mujeres, que pueden cuidar y cuidan de sus deudos, amigos y prójimos, o se dedican a la enseñanza, o se aficionan por cualquier oficio tutelar análogo al que ejercen las madres respecto a sus hijos. Madres sobre todo (1).

Esta función protectora, tutelar o nutritiva de las mujeres tiene muy profundos antecedentes biológicos. Desde luego, la reproducción misma es un aspecto de nutrición; ésta, como dijimos en la parte primera, atiende a la conservación del individuo, y aquélla a la especie; pero no puede emplear un animal en reproducirse los alimentos que estrictamente necesita para sustentarse, y, por tanto, no se reproduce hasta que alcanza cierta prosperidad nutritiva. En otros términos: las especies zoológicas emplean en la reproducción el superávit de su nutrición; pero

(1) He aquí cómo se pronuncia con elocuentes frases una distinguida periodista, la señorita Margarita Nelken, en un artículo, «Madres sobre todo», que publicó el periódico de Madrid *El Fígaro*, 10-3-19: «Si primordial es para nosotras el establecer concretamente nuestros intereses y los derechos requeridos por estos intereses; si verdad es que ninguna mujer consciente puede desentenderse hoy día de las cuestiones que han de dignificar la condición social de sus hermanas, primordial ha de ser también el ocuparse de lo que es indudablemente nuestro mayor título de gloria: la maternidad.»

en ocasiones sacrifican su propio medro a los intereses de la descendencia; entonces, como ocurre a las obreras de los enjambres, ceden parte de su ración alimenticia para el sustento de las larvas, y quedan estériles. La esterilidad en las abejas obreras es un sacrificio de la sexualidad femenina en aras de la especie, en una *castración nutricia*, que así la calificó Marchal. Si la reina falta, cualquiera de las obreras, dedicando a su propio sustento la miel y el polen, puede adquirir la fecundidad y sentarse en el trono del enjambre; y sin llegar a estos cambios de reinado, si por falta de larvas que nutrir o por cualquier artificio se logra que las obreras aprovechen para sí la abundancia del alimento, también alcanzan la fecundidad, y como los hijos son partenogenéticos, pertenecen al sexo masculino. Una vez más aparecen machos los hijos sin padre.

El ejemplo de las obreras de los himenópteros que viven en sociedad es muy indicativo del destino de las mujeres que no logran descendencia, bien que se impongan voluntariamente la virginidad, como en obediencia ciega al instinto realizan en las colmenas las abejas obreras, o ya que las circunstancias de la vida las alejaron del ayuntamiento. Fecunda o estéril, siempre será la mujer fuente de nutrición en su más amplio sentido, pues no sólo de pan vive el hombre, que necesita además cariño, consuelo, protección, guía y hogar. Todo ello lo encuentra el niño en la madre, los hermanos en las hermanas o próximos parientes, el marido en la mujer; y, en general, en

las mujeres los hombres, cualesquiera que sean sus circunstancias.

Recordemos los preparativos de la nubilidad, la lucha que se entabla entre las vísceras hasta que las de la reproducción aseguran su hegemonía; las inclinaciones de las niñas, instintivas, primero, voluntarias después; sus juegos; los papeles sociales que en ellos se asignan, principalmente el de madres o curadoras de las muñecas; las derivaciones de las mujeres que traspasaron la edad fecunda o que no concibieron, en la cría de las plantas y animales; la ternura que prodigan en la asistencia de niños, ancianos o enfermos, y cuantos ejemplos pudieran discurrirse en demostración del destino materno de la compañera del hombre.

He aquí cómo se expresa en este punto nuestro querido compañero el Dr. Marañón, en un libro reciente, justamente celebrado (*La edad crítica,* págigina 188): «El organismo todo (de la mujer) en su morfología, en su metabolismo, en su psicología, está dispuesto para la función reproductora primordial, mientras que las funciones secundarias son incidentales en ella. Su morfología está adaptada al fin fundamental de concebir; su aparato genital indica que en ella el acto sexual no termina fugazmente como en el hombre, sino que se prolonga en los nueve meses de la gestación, y luego en los de la lactancia; su menor disposición para la fijeza y la gravedad del acto intelectual; su emotividad exquisita; su aptitud para el sacrificio...»

Caracteres fisiológicos del hombre y la mujer.

Por lo que hace a la mentalidad relativa de los dos sexos, se ha observado que el hombre manifiesta mayor originalidad, más certero y perspicaz criterio, y su voluntad se determina por impulsos violentos, que por lo mismo ceden pronto, ya que no es posible mantener por mucho tiempo la tensión pasional. El coraje es de las cosas que más pronto se acaban.

La mujer es más conservadora, tradicionalista si se quiere; con visible repugnancia accede a los cambios e innovaciones. En todos los pueblos de cualquier época histórica, y aun hoy mismo, la mayoría de las mujeres militan en los partidos reaccionarios, salvo el contagio revolucionario, que las arrastra a la exaltación como temperamentos ligeros y sugestionables, por lo mismo que son dóciles a las influencias de cualquier pasajera exaltación.

La mujer no posee la voluntad imperiosa del varón; mas consciente de su debilidad, substituye en la lucha la fuerza por la astucia, y el tesón al impulso. Así, unas veces aparentando ceder, otras sometiéndose atemorizada al estallido de la cólera del varón, tan pronto como la tempestad pasional cede vuelven, como resortes blandos, a sus posiciones primeras, y al cabo triunfan. Acordaos del refrán· «Si la

mujer se empeña que te tires por un tajo», etc. La tenacidad como carácter femenino, y la impulsión y el arrebato como acentos varoniles, se revelan bien en los experimentos sobre el trabajo muscular en uno y otro sexo: la mujer despliega menos fuerza, pero resiste más; los hombres revelan mayor aptitud para los trabajos intensivos.

El misoneísmo confortado con el apego a la tradición, así como la modestia de la inventiva, las hace en general tan hábiles repetidoras o ejecutantes, como limita en ellas la originalidad (1). Y como la memoria es la potencia del alma, preferentemente conservadora, suelen abundar las memoristas entre las estudiantes.

Ningún sociólogo debe perder de vista este principal destino de la mujer, y toda pedagogía femenina ha de orientarse en la misma dirección: el desarrollo armónico, corporal, fisiológico y psíquico de la mujer en la dirección maternal, no sólo en el aspecto generativo, sino en la mayor amplitud ética de la función tutelar que corresponde a la madre (2).

(1) Cuando escribía estas cuartillas, una mujer de mi familia, dotada de talento natural y de espíritu de observación, comentaba que entre los copistas de cuadros en el Museo abundaba el sexo femenino. Y ella misma añadió el siguiente comentario: «Sin duda, los hombres no se prestan a la copia porque buscan la originalidad desde que saben manejar los pinceles.» «Tú lo has dicho»—contesté a mi discreta interlocutora.

(2) «Toda mujer nace amando la Humanidad. ¿No veis

Reivindicaciones femeninas.

Vengamos a los argumentos que invocan las mujeres para reivindicar sus derechos. A ellos oponemos por anticipado nuestros temores de que, al par que los conquisten, y las mujeres se libren del yugo forzoso del matrimonio, y compartan con los hombres la vida ciudadana, disminuya la natalidad. Nuestros temores tienen ya su plaza en las estadísticas demográficas de Bodie (1).

Es, en efecto, una de las mayores preocupaciones del feminismo la elección del marido. De ordinario, las prometidas carecen de criterio para elegir, y muchas veces se equivocan. Los padres yerran con frecuencia en la elección.

Además, no todas las mujeres se casan, y a las solteras ¿qué papel les corresponde en la sociedad?

las niñas que al jugar con sus muñecos los acarician llamándolos sus hijos, acostándolos en sus camitas para que no se enfríen y quitándoles el barniz a fuerza de lamerlos y vestirlos? Pues educad ese instinto, dad medios a esa niña cuando sea mujer, y veréis que, sin necesidad de campañas sanitarias, la mujer cuida al niño y lo protege con todo amor.» Doña María Espinosa, loc. cit.

(1) Lucie Félix Faure (loc. cit., pág. 213) calcula que, en general, de 1.000 mujeres de veinticinco años, se cuentan 547 sin marido, solteras, viudas o divorciadas.

¿En qué se han de emplear sus facultades y aptitudes? (1)

No todas han de vivir de sus rentas, si hubieran patrimonio o herencia. De otro modo resultan condenadas a una vida parasitaria en cuanto obtienen los recursos de los hermanos, deudos o protectores, o han de ganarse el sustento con su trabajo, como se lo ganan o deben ganárselo los hombres.

Este argumento económico es el de más fuerza, y muchas veces me he preocupado de su solución. La mujer pobre, que ha de ganar su vida y a las veces sustentar hijos, o hermanos menores o incapaces, o personas de su afecto, ¿cómo se abre camino en nuestra sociedad? La inmensa mayoria emprenden los oficios de aguja, y precisamente por la inmensidad de obreras que de la aguja viven se establece entre ellas una competencia ruinosa, porque como la oferta excede en mucho a la demanda, las ganancias son mezquinas. Ahora, con la carestía de las subsistencias, las infelices profesionales de la aguja sentirán agravada su situación, pues me temo que les paguen tan mal como antes, y por lo menos se les ha

(1) «Il y a, entre la decroissance des mariages ainsi que de la natalité, d'une part, et le mouvement féministe de l'autre un de ces liaissons, une de ces influences réciproques que les Allemands apellen «Wechselwirkung». D'après les tables de M. Bodio (Movimento della Popolazione; confronti internazionali 1904) le nombre des mariages pour 1.000 hab. qui etait en Angleterre et Galles, de 8,51 en 1874, et de 8,37 en 1875, est tombé à 7,75 en 18·0, 7,79 en 1891 et 7,79 en 1892.

duplicado el precio de la ración. El Instituto de Reformas Sociales afirma que en el trabajo a domicilio en España se dan «salarios bajísimos; jornadas necesariamente agotadoras; situaciones angustiosas; presión sofocante de la competencia; indefensión absoluta del obrero que no puede resistir a las exigencias del mercado; abusos sin límites del débil (la mayoría de los trabajadores son mujeres): en suma, el *surtin surten* con todo su cortejo de miseria» (1).

Se impone la fijación de la jornada máxima (diez horas) y un salario mínimo que fija en cada localidad un Comité mixto.

Por esto las mujeres que no fían su porvenir al matrimonio, y que tampoco quieren perecer de miseria como dependientes de la industria de la aguja, marchan en otras direcciones, y en ellas se encuentran, naturalmente, con la competencia masculina. Porque en la costura, bordados, encajes, modas, pasamanerías, sombreros, flores artificiales, etc., tropezaron con el varón únicamente en clase de patrono o comerciante, intermediario entre el público que paga, la obra hecha, y la infeliz obrera que cobra muy mal su trabajo. Pero cuando la mujer se hizo telegrafista, médica, boticaria, etc., etc., ya se encontró con los telegrafistas, médicos, farmacéuticos, etc., etc., dispuestos a utilizar como padres es-

(1) Las frases copiadas las tomo del preámbulo del proyecto de ley presentado al Senado por el ministro de la Gobernación (Gimeno) sobre el trabajo a domicilio.

tas carreras para sus hijas; pero resistiendo como varones la invasión o competencia del otro sexo (1). De propósito he dejado, para tratarlas aparte, dos profesiones de abolengo femenino: el servicio doméstico y la instrucción y educación de las niñas.

El servicio doméstico.

Cuando una persona del sexo femenino, joven o madura, entra para ganar su sustento a servir a una familia, dos suertes se le ofrecen: la una muy rara, ocultas a veces en la historia familiar, casi legendarias y encarnadas en personajes simpáticos de novela, y que, por fortuna, se muestran como ejemplos de virtud. ¿Quién no recuerda esas venerables ancianas que merecieron los premios de virtud que ofrecen las Reales Academias Española o de la Historia? ¡Viejecitas que mantienen con su trabajo a otras ancianas aún más viejas, que en otros tiempos fueron sus señoras! También nos asaltan fácilmente los recuerdos

(1) En mi larga carrera en el profesorado he tenido ocasión de asistir al ingreso de la población femenina en las aulas universitarias. En un principio eran contadas las jóvenes que se decidían por una carrera profesional, Medicina o Farmacia de ordinario. Luego aumentó el número, como lo demuestran los siguientes datos estadísticos: desde 1914 al 17 se matricularon en la Universidad española 143 en Ciencias, 82 en Medicina, 114 en Filosofía y Letras, 19 en Farmacia y 1 en Derecho.

de servidores que constituyeron con sus señores una verdadera familia: si se casaron, en la casa señorial encontraron siempre cariño y amparo ellas y sus descendientes; si se mantuvieron solteras, mueren de viejas solícitamente atendidas en la casa patronal, cuando no independientes con una modesta y hasta cómoda situación, con su haber propio, en parte producto de sus economías, en parte heredado de sus amos.

Desgraciadamente, estos ejemplos, aunque no raros, distan mucho de la regla. Podríamos ofrecer en el extremo opuesto la fregona zafia, ignorante, sin apego alguno a la casa y que pasa de una a otra cada día más descontenta, y a su vez menos apreciada por los patronos. También paso por alto los peligros que en el servicio doméstico corren las jóvenes, sobre todo si son bellas, porque, como ironía de la suerte, la belleza, que es un don del cielo, para las mujeres singularmente, es la causa de la perdición de muchas.

La doméstica, especialmente en España, posee en grados muy estimables las virtudes pasivas, digámoslo en su honor. Y en esto convienen con sus amas, en general también pasivamente buenas; pero ganan poco, habitan las peores habitaciones de la casa, se reclutan en las más humildes clases de la sociedad, no se les concede muchas veces tiempo, ni casi nunca medios, para que puedan instruirse ni asearse. ¡Y cómo han de ser limpias e instruídas! Demasiado listas son, que aprenden al oído y des-

pués de poquísimas lecciones no dadas con la mejor paciencia, y se mantienen limpias, en lo que puede juzgarse al exterior, sin poder usar de baños (como no sea en verano o por medicina), y disponiendo sólo de una menguada palangana.

Es verdad que en los atrasos y apuros en que vive la mayor parte de la clase media, muchos amos quisieran para ellos y sus hijos lo que deseamos para las domésticas. Cierto que se ponen baños en los cuartos modernos de reducido alquiler; pero ¿y el carbón, o el gas, o el alcohol para calentar el agua? ¿Adónde están las disponibilidades para este gasto?

Convengamos que los males que hacen penosísimo el servicio doméstico gravitan conjuntamente sobre el proletariado que suministra las sirvientes y la clase media patronal; ésta es pobre, entendiendo la pobreza como déficit del presupuesto doméstico normal, y con la pobreza todas sus consecuencias, tan fáciles de comprender como largas de enumerar. Aquéllas son aún más pobres y sufren agravadas las consecuencias de la miseria: desnutrición, ignorancia, falta de educación y embotamiento de la sensibilidad y de la afectividad. Cobija el mismo techo, con frecuencia, personas que, lejos de amarse mutuamente, se desconocen en lo que tienen de bueno y se menosprecian con exageración de sus malas cualidades.

Si no ocurren mayores disturbios es porque predominan las buenas, tanto entre las amas como entre las sirvientas.

Hay un aspecto del servicio doméstico que también reúne especial consideración: el de las nodrizas.

Después de concebir y parir, la más apreciable función maternal es la lactancia. El sustentar a un hijo con materiales extraídos de la sangre por el epitelio mamario ha de ser la mayor satisfacción de una madre, y por lo mismo compadezco su pena cuando tiene que entregarlo para que lo críe una nodriza.

La mujer robusta y bien nutrida que comparte la riqueza de sus pechos entre su hijo y otro que perdió su madre o que no puede ser amamantado por ella, realiza, en mi opinión, una de las más altruístas, la mejor de las obras de caridad. Ésta es una madre doble, más apreciable aún que la que amamanta dos infantes que parió gemelos.

¿Pero qué decir de la mujer que, por codicia, desde que concibe está pensando en el lucro que le va a proporcionar el servicio de nodriza? Doce o más duros al mes, comida y a veces bebida abundante (ignoran las madres pudientes cuánto conspiran contra la salud de sus hijos dando vino a las amas), buena ropa, alguna alhaja y regalo; y para ganar todo esto sacrifican a su hijo, que lo dan a criar de segunda mano (crianza de tres o cuatro duros al mes), o le condenan a peor artificial nutrición; abandonan su hogar y a veces a los maridos, con frecuencia consentidores del ajuste y partícipes de las ganancias. Las leyes, dice con generoso desenfado mi antiguo discípulo Dr. Suñer Ordóñez, hoy dignísimo

catedrático de Pediatría de la Facultad de Medicina de Valladolid, no deben permitir en ningún caso que una madre abandone a su hijo para criar al ajeno, durante todo el tiempo normal de la lactancia (doctor E. S. y Ordóñez. Asamblea Nacional de Protección a la Infancia. Madrid, 1914. *Tratado de enfermedades de la infancia*; tomo II, pág. 23.)

Entre aquel extremo de caridad y este de codicia, pongan los lectores todos los grados intermedios que comprenden el mayor número de nodrizas, pasivamente buenas, que toman cariño a los niños que lactan y se lo conservan por muchos años, siendo recíproco el afecto entre el ama vieja y el señor o la señorita que fueron por ella amamantados.

De todas suertes, comparo la situación de la madre que no puede lactar a su hijo a la de la mujer que sufre la mutilación de la matriz o de los ovarios, o la pérdida de un órgano cualquiera, para curarse de un achaque quirúrgico. Y me conduelo igualmente de la madre que no por impulso de caridad y liberalmente, sino forzada por la penuria, ha de abandonar la crianza de su propio hijo para cuidar del ajeno. Sobre que la Naturaleza no pasa impunemente por la trasgresión de sus leyes: las proteinas, hidratos de carbono y grasas de la leche materna las aprovecha casi íntegramente el hijo, porque entre la fórmula química de sus compuestos y los de la madre apenas hay diferencia; pero no ocurre esto cuando la leche procede de otra mujer, que ya hay individuales heterogeneidades con el consiguiente dis-

pendio en la economía del niño; y mucho mayor será el desperdicio de los principios inmediatos cuando la leche proceda de otras especies (cabra o vaca), porque el niño tendría necesariamente que trasformarlos en propios, con eliminación de cualquier factor ajeno a su estructura química, o que no se someta dócilmente al metabolismo.

La función materna comienza en la concepción y no termina en el parto, ni siquiera en la lactancia, sino que se prolonga mucho tiempo, a veces toda la vida del hijo, aunque peine canas. Pero es evidente que, desde el punto de vista educativo, la función materna es de muy subido precio en los primeros años de la vida. Llega más tarde la edad en que los niños y las niñas necesitan de educadores o pedagogos (en amplio sentido) para completar su educación. Completarla, conviene remachar este concepto, porque en todos los casos la educación la inicia la madre o quien haga sus veces. Y no hay que decir cuán decisivos son estos primeros pasos en la carrera de la vida. De mí sé decir, y me complazco en repetirlo, que cuanto de bueno hallo en mí lo debo a mi santa madre, y que ni un día de los muchos que llevo de sobrevivirla he dejado de recordarla. Mi madre fué una mujer sencilla y tierna que por inspiración diríamos fisiológica adivinó los fundamentos y los métodos de la moderna Pedagogía.

La maestra

Por esto la función de maestra, instructora o educadora de los niños y niñas en la primera edad, y de las jóvenes en todas las edades, ha sido siempre un excelente ministerio femenino. Sólo las blandas manos de una mujer pueden guiar al niño (no importa el sexo) en la primera edad; mujeres han de ser, en mi concepto, las que completen la educación y la instrucción de las jóvenes. Siempre he pasado como se pasa por un mal necesario por que los hombres participen en la enseñanza de las mujeres, y desde luego llevo en este criterio la buena compañía del venerable pedagogo y querido amigo mío D. Andrés Manjón.

Para ser una buena maestra es evidente que se necesita instrucción y arte pedagógico; mas sobre todo vocación; no menos la ha menester la institutriz para soportar una vida penosa entre dos aguas: ni criada, ni señora, ni amada de los sirvientes, ni respetada siempre por los amos (1). La vocación pedagógica tiene su más alta manifestación en la ternura, en la paciencia y en el amor que se pone en la

(1) «Il est facile de concevoir que si l'institutrice n'est pas soutenue dans la vie quotidienne, par un réel amour de sa tache et de sa mission il n'y aura pas d'existence aussi dure, aussi amère que la sienne.» L. F. F., pág. 158.

labor educativa, como si la maestra fuese la continuación de la madre, y sus educandos, hijos de sus entrañas. De este oficio digo, como del de nodriza, que contiene el más intenso amor al prójimo, o junto con toda la afectividad maternal. Llevan mucho adelantado, por lo mismo, las maestras que son o han sido madres, porque, aleccionadas en la crianza de sus hijos, saben disculpar y corregir blandamente los defectos de los niños ajenos.

Al otro lado de estas excelentes maestras, madres más bien que correctoras de sus pequeños discípulos, hay que situar las solteronas o simplemente solteras mal avenidas con su doncellez, agriadas por la pobreza, y por lo mismo apegadas a las temporalidades, que miran en su profesión mejor un oficio que un sacerdocio, picadas de superioridad sobre sus discípulas o convecinas menos bachilleradas, de corto caudal de paciencia, y peor aún si la localidad no les acomoda y la vida se les hace difícil.

La ciencia corrige a su hora las demasías del amor propio; sólo que la corrección llega tarde, y para algunos, nunca. Por esto lamentamos, con frecuencia, la vanidad o el engreimiento de personas que pudieran calificarse de sabios contrahechos o a medio hacer. Estos arrivistas de la sabiduría suelen padecer desvanecimientos complicados de sequedad, mejor dicho, de falta de afectividad, y claro es que estos pseudo-sabios no sirven para maestros. No es precisa mucha ciencia, mas sí exquisita sensibilidad y gran corazón, para maestros de niños: de aquí las

ventajas que en este aspecto llevan las maestras a los maestros.

Sacamos, en consecuencia, de la característica biológica de la mujer que, siendo la maternidad el principal objeto de su vida, el matrimonio, el hogar y la crianza y la educación de los hijos han de ser sus preferentes ocupaciones. Y trasportando a la esfera ética y social estas deducciones de orden biológico, se marcan con preferencia para la mujer las funciones tutelares, protectoras y caritativas, singularmente la educación de los niños y el amparo de los débiles, de los ancianos y de los enfermos. Nodrizas, institutrices, maestras, enfermeras, amas de gobierno, etc., etc. Dondequiera que haya que cuidar, consolar, nutrir, curar o compadecer, allí hacen falta las mujeres.

El hominismo.

El segundo de los argumentos que emplean las mujeres en defensa de su derecho es la igualdad o equivalencia de sus facultades respecto a los varones; y como ni en el aspecto orgánico ni en el funcional, incluso el intelectivo, les llevan ventaja los hombres, piden que se les franquee completamente el porvenir. Al efecto, solicitan las reformas de las leyes y la capacidad para administrarse y administrar a los demás.

Es evidente, ya lo hemos dicho, que sólo diferencias de grado o de desarrollo separan al hombre de la mujer. La relativa fortaleza del varón responde al mayor desarrollo de la musculatura; pero ésta pide a su vez robusto esqueleto y caudal suficiente de nervios y neuronas motoras. Y todo esto supone desarrollo correlativo de los focos motores de la corteza del cerebro, con aumento de la acometividad (por mayor confianza en la propia energía); orgullo y despotismo, que son las consecuencias del triunfo; voluntad tan decidida como firme, e inteligencia digna de esa voluntad y a su servicio en forma de previsión, de astucia o de destreza, etc., etc. Ponemos estas etcéteras para no molestar a los lectores con la enumeración de consecuencias, pues los fenómenos de la vida están tan ligados entre sí de tal suerte, que no se puede contemplar la conformación del cerebro sin deducir consecuencias para todos los órganos y aparatos del cuerpo; y a la inversa, de cualquier accidente de una glándula o detalle del esqueleto vamos alejándonos de nuestras reflexiones hasta alcanzar las más altas jerarquías psíquicas.

Quiero decir que no son hechos aislados los que se cristalizaron en los caracteres sexuales, anatómicos y fisiológicos, sino que responden a la construcción de dos organismos de la misma especie, comunes en todo y distintos en su finalidad. Pero si en el juicio de calidades es difícil, cuando no peligrosa, la comparación entre las personalidades de uno y otro sexo que se destacaron en determinados ramos de activi-

dad humana, no cabe la menor duda respecto al mismo. Son muchísimos más los varones inscritos en el libro de oro de la Historia, como que son excepcionales por lo mismo las mujeres que alcanzaron la celebridad. A este argumento del número se opone la razón de que mal han podido sobresalir las mujeres en altos ejercicios liberales, cuando se las ha mantenido en una semioscuridad por lo que hace a la instrucción, y relegadas a la vida doméstica, al cuidado del hogar y de los hijos. La primera observación es cierta, y hemos de convenir que, como ingeniosamente dice Lamy, a las mujeres se les ha mantenido como a las lechugas: al abrigo de la luz para que no pierdan su blancura. Yo creo que toda la ciencia es compatible con la pureza, y que la mujer tiene derecho a la cultura que le convenga adquirir. ¿Para hacer la competencia al varón? ¿Para compartir con él el lucro de las profesiones liberales? ¿Para intervenir en la vida pública?

A estas interrogaciones se les puede oponer otras. ¿Quién va a cuidar de los hijos? ¿A quién encomendaremos la economía del hogar? ¿En qué pecho reposará sus afanes el marido de una mujer oficinista, médica, diputada, catedrática o ministra?

La mujer médica tendrá sus horas de consulta en su casa, sobre todo si es especialista; visitará en la calle a sus enfermos y operados; dedicará alguno o algunos días a las operaciones si practica la Cirugía; estudiará por las noches o cuando pueda. Si el marido ejerce otra profesión, también desertará de la

casa para cumplir sus obligaciones, y así esta digna pareja verá doblado su presupuesto de ingresos. Y peor si el marido no trabaja y come de lo que la mujer gana.

Pero trabajan los dos, cada cual por su lado, o tal vez en análoga profesión o industria, y los ingresos se duplican. Si el matrimonio es fecundo, habrá que restar naturalmente del calendario útil de la mujer, útil a los efectos profesionales, los eclipses que impongan los embarazos y partos y los meses de lactancia. Aunque no creo que piensen en lactar a sus hijos estas mujeres embargadas por importantes públicas funciones; mas aunque estas respetables damas no cercenen los días de su actividad más que con los últimos del embarazo, el parto y un corto puerperio, siempren tendrán que ser sustituídas por servidores en las faenas domésticas que ellas no pueden cumplir. Desde luego, se suponen domésticas para la limpieza de muebles y habitaciones, lavandera para la ropa blanca, cocinera para comprar las viandas y guisarlas; mozo de comedor para este y otros servicios, doncellas para cuidar y repasar la ropa, vestir a la señora y servirla en los menesteres que se ofrezcan, un ayuda de cámara para el marido; todo ello como los fuelles de los acordeones, estirando o comprimiendo según los recursos. Recomendamos a esa imaginaria señora, aunque sea ministra, que un día tome un lápiz y un papel y eche cuenta de lo que importa el presupuesto doméstico; sus ingresos personales (dos mil pesetas mensuales, si por acaso ocupa

una poltrona en España), con lo que cuesta el sueldo y manutención de los sirvientes que la sustituyen en sus menesteres domésticos, más la vajilla rota, más los muebles deteriorados, más la sisa en la compra, más la ropa blanca perdida o quemada. Y todavía queda la mejor contrapartida: lo que cuesta la mala educación de sus hijos y el abandono de éstos y del marido, con las consecuencias inmediatas o tardías de todo ello.

Las casas se hacen ahorrando céntimos en la economía doméstica, y se arruinan pese a los millones del ingreso. Por algo las leyes conceden una parte de los aumentos o ganancias a la mujer, aunque las rentas, sueldo e ingreso correspondan al marido, porque en vano se afana el varón en llevar el oro a su casa, si las monedas se filtran por entre los dedos de una mujer que no sabe administrar su peculio. Y esta administración no suele ser ocupación de una hora cada día o de un día de vez en cuando, sino que la mirada vigilante del ama ha de posarse en cualquier momento y sobre todos los servicios de la casa.

Aun la buena economía que ocasiona la dirección de la mujer pudiera compensarse con una previsora reducción de los gastos o excelente administración de parte del marido; pero en lo que no es posible la sustitución de la madre es en la crianza y en el cuidado de sus hijos. ¡Cuando recuerdo a mi santa madre, ya doblados los cincuenta años, y a más enferma, cómo se levantaba en las crudas noches de invierno para velar mi sueño, alerta al menor ruido o a la más le-

ve moción, y me cuentan de otras que parieron hijos, y los entregaron a la crianza mercenaria, y se pasan los días sin verlos, atareadas cuanto acuciadas por tristes frivolidades! De propósito no he querido profanar el verbo llamando madres a estas desgraciadas criaturas. Y lo que nos parece abominable en las mujeres frívolas o desatentas con su hogar, marido e hijos, ¿nos ha de parecer correcto en las que buscan fuera de casa una ocupación? Disculpable si el abandono es necesario, hasta digno de la mayor alabanza cuando se trata de una viuda pobre o esposa con marido enfermo o incapaz. En estas animosas mujeres es virtud, y a las veces sacrificio y heroísmo, el sustento de ellas y sus familias con su trabajo. De éstas no hablamos, sino de las que voluntariamente, sin necesidad apremiante, buscan en la calle un venero de riqueza que fácilmente encontrarían en su casa con la economía y buena administración de los normales recursos del matrimonio. Algún ejemplo saludable conozco de jóvenes pobres que se prepararon con el estudio para hacer frente a un porvenir incierto, y que plegaron sus alas profesionales en cuanto ascendieron a esposas y después a madres.

Se comprende, sin necesidad de nuevos argumentos, que el mundo hubiera evolucionado como le contemplamos aunque ninguna mujer se hubiera distinguido jamás en la literatura, en las ciencias o en las artes. Plutarco atribuye más importancia a la nariz de Cleopatra que a todas sus astucias políticas; y en realidad el papel historico de la mujer más se debe

a los atractivos del sexo que a los frutos de su actividad literaria.

Se concluye erróneamente, cuando se mira el problema en la historia, atribuyéndola a los personajes políticos y guerreros; soterrada, más modesta, pero más eficaz, corre bajo la historia trágica y política la verdadera historia, la de la Humanidad afanándose por una vida mejor. En la historia de la Humanidad corresponde, cuando menos, la mitad del éxito a las mujeres: a la esposa, a la madre, al ama de la casa

No recuerdo dónde he leído la atribución al pueblo ario del cultivo de los cereales y de la institución del matrimonio, y en verdad que las dos invenciones se completan. Mientras el hombre fué pastor de ganados, llevó una vida nómada, errante y vagabunda; en cuanto se hizo agricultor y sembró los cereales para tener pan, se trocó en sedentario, tuvo casa; mas hasta que no se ligó a la esposa no tuvo hogar. Sin mujeres sabias, ya lo hemos dicho y repetido varias veces (1), el mundo marcha; sin las amas de casa, sin las que administran el hogar y son ministras de economía doméstica, y rectoras de sus hijos y consejeras de sus maridos, no habría sociedad posible. Esta guerra atroz, que ha consumido millones de hombres

(1) «Nous sommes fières des femmes illustrées, disait, aux États Unis, en s'adressant à un groupe de fermières, une conferanciere souvent citée par M. de Vuept, Mme. Bertha Dahal Laws, mais le monde peut tourner sans elles tandis que le monde ne peut se passer de la femme qui sejourne au foyer, en prend soin et élève ses enfants», página 208.

y millares de millones de francos (1), no podría soportarse sin las amas de casa en el campo y en la ciudad. A ellas les corresponderá también, el día de la paz, la restauración de la población y de la riqueza.

Deducciones de un experimento.

Yo he visto en Francia a la mujer labrando los campos, conducir tranvías, servir en hoteles, cafés y restauranes, incluso en los vagones comedores de los expresos; enfermeras, damas de la Cruz Roja, fundadoras de hospitales de sangre, de asilos y de escuelas de reeducación; las he visto afanarse en los talleres de municiones y de toda clase de manufacturas, y sustituir a los hombres en las labores o servicios que no pueden suspenderse o demorarse. Pero vale mucho más la mujer francesa despidiendo con valor heroico al hijo o al marido que parte para la guerra; las he visto aparentando serenidad y firmeza, con el corazón transido de dolor, llorando por dentro o bebiendo sus lágrimas; pero por mucho que valga

(1) De los datos publicados por el *Manchester Guardian* se deduce una pérdida total de muertos a consecuencia de la guerra de 17 millones y medio de hombres. El total de los gastos ascienden a 972.875 millones de francos; de ellos corresponden a los aliados 621.125 millones, y a los centrales, 351.750 millones. Los anteriores datos se publicaron en *El Sol*, periódico de Madrid.

el dominio del dolor, vale mucho más la mujer custodia y conservadora del hogar para cuando el ausente vuelva.

Aquel día encontrará los brazos de la amante esposa y sus entrañas pródigas para rehacer la familia y la patria; el menaje, limpio y dispuesto como si fuera nuevo; la casa, reparada de los menudos accidentes que dan de través, a la larga, con las que no se cuidan o están deshabitadas; las gallinas, en el corral; en los establos, el caballo, el cerdo, la vaca: cuantos animales constituyen el peculio doméstico; los campos, cultivados, y algún numerario o títulos que lo valen en la caja. Estas benditas mujeres son las que contribuyen en primer término a la restauración de la patria; mas no por las máquinas que inventen, ni por los artefactos que muevan, ni por las ganancias extraordinarias que realizaron, ni por sus actuaciones en los concejos o asambleas, ni por haber adquirido práctica en determinados oficios, o conseguido la preparación para calificarlas profesionales, sino por el aliento que prestaron en las horas tremendas, trágicas; por el oro de sus economías, que mantuvo el crédito de la nación; por haber conservado la propiedad, y sobre todo porque conservaron el hogar y son fecundas. En estas trágicas horas se ha visto claro que la patria no es una entidad política, ni un concierto de intereses, ni siquiera un idioma, ni aun el territorio: la patria es el hogar, son los ciudadanos todos, tanto más poderosa cuanto mayor número sumen y más intenso afecto les una.

Véase cómo las funciones sociales más excelentes de la mujer tienen el mismo carácter de su sexo: conservar, nutrir, crear y reproducir. Cuando la mujer disipa la fortuna; si no cuida del hogar ni de la despensa; si no ahorra, conserva, estira y aumenta el peculio; si no tiene hijos, en todos estos casos tuerce el rumbo de su destino en la vida, y las consecuencias son siempre las que impone la Naturaleza a los que conculcan sus leyes: la decadencia, que conduce a la degeneración; la miseria, que es antesala de la enfermedad, y ésta, que es el anticipo de la muerte.

¡Bendita sea la mujer madre o ejerciendo de cualquier modo la función social del matriarcado! Esta es la cifra del verdadero feminismo; y si por las complicaciones de la vida y de las circunstancias las mujeres se emplean en las bellas artes y en las ciencias, un sobrante de sus energías; y si en estos menesteres se hacen amables, cuantas dignas de admiración y respeto, no elevemos a regla general lo que son graciosas excepciones de la Naturaleza, y pretendamos sacar las mujeres de sus hogares para hacerlas nuestras compañeras de profesión o nuestros camaradas de diversiones.

Los derechos políticos de la mujer.

Hasta el momento en que escribo se ha concedido a la mujer el derecho de sufragio en los siguientes países: Dinamarca, Suecia, Noruega, Finlandia,

Gran Bretaña e Irlanda, Rusia, Polonia, Bohemia, Alemania, Austria, Canadá, Nueva Zelanda, un gran número de Estados del Oeste americano y últimamente Francia.

Hombre de laboratorio, me siento tan afecto a los resultados del experimento como desconfiado de cualquier previsión *a priori;* espero, por lo tanto, las consecuencias que para los pueblos tenga la intervención directa de las mujeres en la política. Porque lo que es indirectamente siempre influyeron en la gobernación de los pueblos; sin otro autor a la mano que Plutarco, pronto se encuentra la influencia política femenina personificada en Aspasia, Cornelia, Cleopatra y Livia; aún podría exagerarse el ejemplo si nos remontamos a los remotos e hipotéticos tiempos del matriarcado o la fábula de las Amazonas. Y prescindiendo de leyendas, fábulas e historias, en todo tiempo, en nuestros días, los hombres disponen del gobierno, y las mujeres de los hombres.

No temo, al contrario, deseo, que la experiencia dicte su fallo en los perjuicios o beneficios de la intervención directa de las mujeres en la política: en ellas dominan los sentimientos, ya lo hemos dicho, y es posible que cuando hagan sentir su influencia en los comicios y en las Cámaras, las leyes sean más humanas, menos rígidas y egoístas. Por lo pronto, son muchos los que abrigan la ilusión que con las mujeres en los Parlamentos no serán posibles o, al menos, se alejarán las probabilidades de estas catástrofes bélicas como la que acaba de sufrir el mundo.

También habrá mayor consideración para los niños, para las mujeres seducidas, para las embarazadas y para las que lactan a sus hijos. Si las mujeres fueran jurados, ¿serían absueltos los matones, asesinos de mujeres?

Pero también se vislumbra tras la influencia electoral femenina mayor margen para los gobiernos conservadores; y no sólo por falta de preparación o deficiente cultura, como creen Beatriz Galindo (1) y Margarita Nelken (2), sino porque, como indicado queda en las páginas anteriores, en la naturaleza femenina está intensamente grabada la tendencia tradicionalista. Quizá por esto los socialistas, que siempre se apoyaron en las izquierdas, olvidaron en sus programas las reivindicaciones femeninas, que las mujeres solas, con su propio esfuerzo, van conquistando.

Con las mujeres influyendo directamente en el gobierno, la paz imperará en el mundo: para una mujer guerrera, se cuentan miles pacifistas. Recuérdese a las sabinas interponiéndose entre romanos y sabinos, y a las mujeres galas poniendo de acuerdo a sus hombres, los unos favorables, los otros con-

(1) Beatriz Galindo. «El sufragio femenino en Francia y la falta de preparación de la mujer española.» *El Sol*. Madrid, 23 Mayo 1919.

(2) Margarita Nelken. *El Fígaro;* 26 Mayo 1919. «Carta abierta a don José Francos Rodríguez.» La autora teme que la gran masa de electoras perjudicarían con su voto no sólo la causa feminista, sino al propio feminismo.

trarios, al paso de los cartagineses por la Galia.

Una mujer, la baronesa Sultner, obtuvo, hace años, el premio Nobel de la paz, y en los días que corren las mujeres trabajan intensamente por ella. Lady Aberdeen, en representación de más de 20 millones de mujeres, dirigió un mensaje a los delegados del Consejo internacional: trabajan estas mujeres por el bien de la Humanidad (1).

He leído que en las Constituciones municipales de algunos pueblos de Castilla o del antiguo reino de León (no estoy muy seguro de la cita) se contaban los vecinos por los humos de las chimeneas; como quien dice, por hogares. Cuando el marido faltaba, la viuda le suplía, y por esto me ha parecido injusto

(1) Artículo de Margarita Nelken en *El Fígaro;* 24 Febrero 1919.

La misma escritora en el mismo periódico habla de la visita que hizo al presidente Wilson una delegación de trabajadoras, obreras e intelectuales, pues estaban representadas todas las actividades femeninas, desde los oficios mecánicos más humildes hasta el profesorado, la ciencia y el arte. En su alocución al presidente, la delegada obrera dijo que las obreras francesas se adherían a sus principios y confiaban en él para la pacificación del mundo y la destrucción del odio. Madame d'Avril de Saint-Croix añadió, en nombre del Consejo Nacional de Mujeres, que todas las de Francia estarían con él hasta el final, y en el mismo sentido se expresó madame Severine. «El más fuerte instinto de conservación—dice Margarita Nelken —es el instinto maternal, y no hay en el mundo una sola madre o mujer con entrañas maternales capaz de votar en favor de la guerra.»

privar de voto o de puesto en el Concejo a la mujer, viuda o soltera, cabeza de familia. La experiencia de la vida demuestra que más hogares se deshacen a falta de la madre que del padre, pues aunque éste, como suele ocurrir en la clase media, se lleve al morir la llave de la despensa, la mujer, sin recursos, saca adelante los hijos con mayores probabilidades que el viudo. Todo ello demuestra la necesidad de conceder derechos políticos a las mujeres, siempre con la cautela necesaria; es decir, acondicionándolos a diversas circunstancias: edad, estado, profesión, cultura, etc. En este punto comparto la opinión de Beatriz Galindo.

TERCERA PARTE

LA NATALIDAD

SUMARIO.—Decaimiento de la natalidad en España.—Causas que conspiran contra la natalidad. Principio de Malthus y su crítica.—Los precursores y sucesores de Malthus.—La democracia; el arrivismo.—Las leyes societarias, y singularmente las que regulan la protección y educación de los niños.—La embriaguez de la victoria.—La desesperanza («genoastenia»). — Las propagandas y prácticas anticoncepcionistas (neomalthusianismo).—El aborto criminal.—El ateísmo, el descreimiento y la impiedad.—El amor y el matrimonio.—Enfermedades que esterilizan o malogran el fruto.—Remedios contra la baja natalidad.

Decaimiento de la natalidad en España.

Hasta ahora los clamores de nuestros higienistas y sociólogos, preocupados del fomento de la población española, se han inspirado en un solo tema: en la excesiva mortalidad en España. No es, por fortuna, tan elevada en los años que van del siglo XX como lo fué en el XIX, y, sin embargo, aún oscila alrededor de 23 por 1.000: nos redimimos en parte de la trágica nota del país de la muerte con que pudo señalarse a nuestra patria cuando se comparaban sus estadísticas de óbitos con las de la mayoría de las naciones de Europa; mas aún vamos a la cabeza en la fúnebre proporción.

Y mientras se proyectaban campañas sanitarias para vigorizar la raza y disminuir el tributo crecido que paga a la muerte, los censos crecían merced a la fecundidad de nuestro pueblo: los nacimientos compensaban las defunciones, y aun daban un superávit a la población, que aumentaba, pese a las guerras civiles y extranjeras, a las endemias y a las calamidades de todo género.

Sólo en los países orientales de Europa, en Rusia, Servia y Rumania, se presentaban estadísticas de natalidad superiores a las nuestras: de *enormes* las califica Leroy-Beaulieu; pero inmediatamente veníamos nosotros, con Italia, Austria y Alemania, con la

reputación de pueblos *de muy elevada*. En los nueve años que van desde 1880 a 1888, los nacimientos por año y mil habitantes exceden de 36, proporción que, como antes dije, colocaba a España entre los países de *muy elevada natalidad;* ésta decae desde 1888 a 1910, desde 36,5 por 1.000 en el primero a 33,5 por 1.000 en el último de los citados años, y ya por este decaimiento nuestro pueblo sólo merece el dictado de país de *elevada natalidad;* más ni en este rango puede mantenerse en los años que transcurren desde 1912 a 1917, que, al tenor de las cifras que copio, no le corresponde más que la divisa de pueblo de *moderada natalidad.*

12	1913	1914	1915	1916	1917
31,60	30,40	30	29,90	33,80	29,02

Con la excepción de 1816, los nacimientos decaen desde 1880 a nuestros días en proporciones rápidamente descendentes; y España, que hace treinta y siete años se codeaba con los países más fecundos, *pasa de la muy elevada a la elevada, y después a la moderada natalidad*; la caída es rápida, y si pronto no ponemos remedio, nuestra triste suerte nos colocará, en un término perentorio, entre los países más hondamente afectados por la oligantropía. Dígalo Madrid, cuya natalidad se reduce en 1918 a 26,70 por 1.000, y confírmenlo las capitales de Barcelona, Tarragona, Lérida y otras; en Santa Cruz de Tenerife la natalidad descendió ya a 10 por 1.000; es decir, que la capital del archipiélago canario, no obstante

su reducida mortalidad merced a su clima paradisíaco, sufre la amenaza de inmediata despoblación.

El mal no es incurable, aunque sí de difícil tratamiento: la primera, la más urgente indicación, consiste en que nuestros conciudadanos se convenzan de que es preferible, en todo caso, los muchos a los pocos hijos, la fecundidad a la esterilidad. Este convencimiento nos ha inspirado la publicación de este libro, y singularmente el capítulo dedicado a los remedios contra la oligantropía.

Causas que conspiran contra la natalidad.

El problema de la natalidad es muy complejo: como hecho natural, ya lo hemos visto en la primera parte, corresponde a la Biología; mas como la especie que nos interesa es la humana, y el hombre vive en sociedad, el mencionado problema se complica extraordinariamente. A continuación vamos a examinar cómo influyen en el decrecimiento de la natalidad la economía, la ética, la política, el medio social, la religión y las enfermedades. Sólo considerando el problema en todos sus aspectos pueden deducirse los remedios contra la oligantropía: así, en plural, porque, siendo muchas las causas que conspiran contra la natalidad, no es posible prevenirlas, ni mucho menos remediarlas, con una sola receta. El sociólogo, como el médico que se preocupe de esta

buena obra, ha de descontar las dificultades y acometerlas con resolución.

Se ha dicho, y aún se dice hoy, que la primera, la principal influencia sobre la natalidad, hay que buscarla en la economía; y, sin embargo, ni la riqueza ni la pobreza por sí solas deciden: países muy pobres se multiplican rápidamente, y también se pueden citar pueblos y provincias en los que coincidieron el alza de la riqueza con el aumento de la natalidad. Insistimos en la complejidad del problema; mas aunque no sea el económico el único ni tal vez el principal factor de la población, no puede negársele una influencia muy considerable, y por él hemos de comenzar el análisis de las causas que conspiran contra la natalidad.

Principio de Malthus y su crítica.

En justicia, hay que distinguir a Malthus, hombre sensible, moral y religioso, de sus remotos y extraviados sucesores los *neomalthusianos*, que tales estragos han producido y producen en la población de los países civilizados. Para formular su principio el pastor inglés se inspiró en un fenómenò natural aparente, a saber: cómo las plantas se disputan los materiales nutritivos del terreno, el agua y los rayos solares, sucumbiendo muchas en la lucha por la subsistencia, ya que, multiplicándose progresiva e inde-

finidamente las especies, llegan en su concurrencia a faltarles alimento, humedad, luz y espacio. Fenómeno análogo se nota en los animales cuando, entregados libremente a la reproducción, acaban en su multitud por hacerse imposible la vida: las subsistencias son limitadas; los animales, incapaces de una industria que las multiplique, y como únicamente se multiplican los consumidores, la emigración se impone, y los animales en busca de alimentos se alejan de la región en donde nacieron. Mas no basta emigrar, porque al cabo la escasez se impone, y la desnutrición trae como consecuencias la debilidad primero, las infecciones y la muerte después. Precisamente el hambre y el hacinamiento son los primeros factores de las epidemias que diezman y a las veces despueblan floras, faunas y ciudades.

En estos hechos naturales, y sobre todo en la miseria que aflige a los pueblos muy densos, a las familias pobres y prolíficas, se inspiró Malthus para formular el principio que ha pasado a la historia con su nombre (1).

La población, cuando ningún obstáculo se opone a a su desarrollo, crece en progresión geométrica; es

(1) «Un hombre que nace llega a un mundo ya ocupado; si su familia no puede sustentarle o si la sociedad no puede utilizar su trabajo, no tiene el menor derecho a reclamar una porción cualquiera de alimento, y está de más en la Tierra. En el gran banquete de la Naturaleza no hay cubierto para él; la Naturaleza le despide, y no tarda ella misma en ejecutar la orden.» (*Essai sur le principe de la population*, 1798.)

decir, como 1, 2, 4, 8, 16, 32, etc. Con esta proporción el censo se duplica cada veinticinco años (1).

Las subsistencias, en las circunstancias más favorables de la industria (según cálculos hechos por Malthus en su tiempo), sólo aumentan en progresión aritmética, como 1, 2, 3, 4, etc.: como quien dice, en el orden de los números.

Apurando las consecuencias del principio, resultará que al cabo de dos siglos la población sería a las subsistencias como 256 a 9, y a los tres siglos, como 4.096 a 13. A esta enorme desproporción por el desboque de la natalidad se oponen dos frenos: el uno preventivo, la castidad y la continencia (*preventive cherck*), y el otro represivo, el aumento de la mortalidad por el hambre, las enfermedades y las guerras. Es lo cierto que las guerras conspiran directa e inmediatamente contra la economía de los pueblos, siendo curioso que en los intereses económicos fundan los pueblos los motivos tácitos o expresos para la beligerancia.

La ocasión me brinda un argumento perogrullesco contra el famoso principio. Si las guerras, al deter-

(1) En la República Argentina se ofrece un ejemplo de la previsión malthusiana, porque en los quince años que van de 1895 a 1910 aumentó su población en 79,31 por 100, pasando de 3.954.911 a 7.091.822 almas, lo que supone la duplicación en diez y nueve años, seis menos de los calculados por Malthus; mas es de advertir que no todo el crecimiento del censo corresponde a la natalidad, porque una buena parte, 1.500.000 almas, ha de atribuirse a los inmigrantes.

minar una baja inmediata de la población, favorecieron a los consumidores en tanto disminuyeron su número, los diez y siete y medio millones de muertos que ocasionó la última catástrofe mundial, debieron dejar otros tantos puestos en el banquete de la Naturaleza. Todo lo contrario ocurre, y necesariamente ha ocurrido en casos semejantes, porque el encarecimiento de las subsistencias, más que por el número de comensales, se mide por la producción. Que ésta aumente, y no importa el crecimiento de los censos; que se paralicen las industrias, comenzando por la agrícola; que se aparten los obreros de las que multiplican los medios de sustento, y por pocos hombres que queden, siempre padecerán escasez y carestía. Por esta causa, por el aumento de producción que trajo el progreso de la industria en los finales del siglo XVIII y principios del XIX, aumentaron las poblaciones de Francia y de Inglaterra, a pesar de Malthus y Napoleón, el uno aconsejando la dieta, y el otro la sangría; a semejanza de los broussistas, trataron de prevenir con la una y la otra la congestión de los pueblos.

Por lo demás, si el principio de Malthus no es verdadero, tampoco es nuevo, porque los hechos biológicos que le dan aparente argumento son tan antiguos como el mundo: con menos retórica y tal vez con rudimentaria aritmética, contando por los dedos, lo expresó en sus tristes reflexiones, en los siglos pasados, cualquier padre de familia cargado de hijos cuanto falto de recursos. El remedio de la mise-

ria, merced a la reducción en el número de los futuros miserables, también es de origen remoto, y no faltaron en España arbitristas que se anticiparon a Malthus. Cánovas cita una receta que el propio pastor inglés podría suscribir: «El remedio sería que la mayor parte del pueblo se retrajese del mundo en el estado eclesiástico, o al menos al celibato, y, sin ingerirse en cosas temporales, atendiese con toda aplicación a la observancia de su profesión, *y particularmente a la castidad.*» Otro arbitrista del siglo XVI o principios del XVII, refiriéndose a los moriscos, «propuso formalmente al Rey que, en vez de expulsarlos, se limitara su Real piedad a hacer a todos los niños moriscos incapaces de generación, como si todos estuviesen destinados a ser cantores» (1). Este segundo arbitrista, por el arbitrio que propone, parece más bien un neomalthusiano.

También preceden a Malthus, mejor dicho, a los neomalthusianos, los terroristas de la Revolución francesa, y he aquí cómo se expresaba Collot d'Herbois: «La Francia está muy poblada, y para obtener el bienestar del pueblo es preciso reducir considerablemente la población.» El mismo terrorista calculaba, lo que con suprema crueldad calificaba de *traspiración política,* que no debía, en su opinión, concluirse sin haber destruído 12 ó 15 millones de franceses. Con esta insensata opinión convenían Carrier,

(1) A. Cánovas: *Problemas contemporáneos*; tomo I, páginas 328 y 347.

Robespierre, etc., y para justificar el adjetivo, la pongo frente a frente de la que siglo y cuarto después, en el año que corre, escribe Rageot en la introducción de un libro que tengo a la vista (1): «Dans tout le cours de son histoire la France avait eû le nombre: elle ne l'a plus.» Y añade después: »Il ne suffit pas de vaincre, il faut survivre à la victoire.»

Los terroristas guillotinaban hombres y mujeres, respetando la vida de las embarazadas para no herir al futuro ciudadano; los neomalthusianos, menos sanguinarios, aunque más crueles, aconsejan y practican el aborto. A todo trance quieren la oligantropía, atacando primero la concepción, y atacando el fruto cuando no pudo evitarse.

El principio de Malthus no es exacto ni para los animales, ya que no depende la limitación de las generaciones de la falta de sustento, sino de otras causas, entre las que no puede menos de contarse la persecución que sufren de parte del hombre para lucrarse con el provecho de la carne, piel, pluma, colmillos, etc., o para desterrarlos de sus campos cultivados, en tanto se llaman a la parte de los frutos para su nutrición; por temor a sus ataques y por otros motivos que sería prolijo detallar. Es lo cierto que en el hombre tiene en muchísimas especies animales su principal enemigo, sin contar las luchas entre las diversas especies, pasto las unas de las otras;

(1) Gastón Rageot. *La natalité: Ses lois économiques et psychologiques.*

y aun a las veces se alterna entre los individuos el papel de verdugo devorador y de víctima sacrificada.

Aún hallamos otro argumento en la concurrencia vital de las células que componen los organismos complejos. En los vertebrados, por ejemplo, todas las células se nutren del medio interno, y a la vez contribuyen con sus productos al mantenimiento de los valores físico-químicos del mismo. La multiplicación celular, siguiendo el principio de Malthus, sería relativa a los medios de subsistencia, o sea a los materiales nutritivos que ofrece el medio interno, los cuales a su vez dependerían del alimento y de las aptitudes digestivas absorbentes y metabólicas del organismo. Si así fuese, la talla de los individuos dependería en absoluto del caudal de materia disponible en el medio interno y de los medios de sustento, y así se observan frustrados en su desarrollo muchos individuos por la penuria; sin embargo, no resultaría legítima la conclusión que dedujéramos apreciando sólo un lado del problema, pues es notorio que muchas especies de la misma familia se distancian por su tamaño, como atestiguan la paloma, la perdiz y el pavo, entre las gallináceas. En la misma especie humana, según el humor que predomine, ya provenga de las glándulas intersticiales o de la hipófisis o del tiroides, puede resultar el sujeto enano o gigante, equilibrado o deforme, sin que importe la escasez o abundancia de la ración alimenticia.

Tan complejas como son las causas que deciden de

la talla de un animal son las que influyen en la multiplicación o decadencia de las razas, y así se pueden dar las mayores fecundidad o esterilidad en pueblos ricos y pobres. Aquí en España se destacan por su fecundidad provincias con fama de pobres, las gallegas, y otras que se reputan como ricas, Sevilla y Vizcaya, por ejemplo. Y es que, como afirma Rageot, una natalidad normal corresponde a cierto equilibrio económico, que puede encontrarse lo mismo en la prosperidad que en la pobreza. «No es la riqueza la que suprime los nacimientos, sino la falta de producción; ni es tampoco la pobreza fecunda por sí, sino por el trabajo» (1).

En el principio de Malthus se contiene el principal argumento económico contra la natalidad; veamos ahora otros del orden político y social.

La democracia.—El arrivismo.

Abolidos los privilegios, iguales ante la ley todos los ciudadanos, sólo las diferencias de fortuna, de educación y de cultura les separa. Son los menos los que se elevan, muchos los que descienden; mas pocos se creen desprovistos de alas, aunque sean ilusorias, para escalar las alturas. El dinero no tiene nombre, y sirve como esclavo a su dueño (*tener, gozar, lucir*): primero, la nutrición (buena mesa, hogar

(1) Obra citada.

abrigado y provista la despensa); luego, a disfrutar de cuantos placeres pueden proporcionar Venus, Baco y Mercurio; más tarde, la representación (alhajas, palacios, muebles, trenes, etc.), y en las cimas de la ambición, la filantropía, la ciencia y el arte.

Para alcanzarlas se necesita un espíritu cultivado, y muchos ni heredaron arquitectura mental suficiente ni pudieron pulimentarse: sólo tuvieron tiempo para hacer fortuna, y lograda ésta, se detienen para gozarla en los peldaños más bajos de la sensualidad.

Pero cualesquiera que sean las alturas a las que apunte el deseo, todos miran hacia arriba y se aúpan con esfuerzos desesperados; este es el fenómeno más notable de las sociedades democráticas modernas: *el arrivismo,* que Arsenio Dumont denominó *capilaridad social,* por haberlo comparado a la elevación de los líquidos en los tubos de pequeño calibre: se adhiere el líquido a las paredes del tubo y asciende más arriba de su nivel. Yo le denominaría *aerostación social,* porque los ambiciosos, como los globos, para elevarse o para no caer arrojan cuanto pesa, y es sabido cómo tiran de los pies los hijos numerosos e impiden que los padres asciendan a posición más holgada. Pesan los hijos para el ascenso, y se procura evitarlos o reducirlos; igualmente el arrivista, si es preciso, sacrifica cuanto le estorba para hacer fortuna: la dignidad, la salud y, en ocasiones, la honradez.

El arrivista es esencialmente egoísta, y el egoísmo es una ilusión: la de suponer, contraviniendo las

más elementales leyes de la Biología y de la Sociología, que el bien del individuo o de la familia puede lograrse con olvido completo de la dicha ajena; como si nadie pudiera lograr la felicidad entre infelices.

Así como los órganos en un individuo se nutren y funcionan dentro de su esfera, mas conspirando a la función total, así los ciudadanos y las familias han de reflejar una parte de su bien en el bien colectivo; que no hay mejor garantía para la salud de la familia que la salud de la patria: cuando ésta peligra (guerras, revoluciones), las fortunas particulares y la propia vida corren igual o mayor peligro; mayor, puesto que los individuos perecen más fácilmente que los pueblos.

Las leyes societarias, singularmente las que regulan la protección y educación de los niños.

Antes se podía decir, en las familias pobres, que cada hijo al nacer traía un pan debajo del brazo, porque en uno y otro sexo, desde la más tierna edad, aportaban el producto de su trabajo al haber doméstico: cuidando el ganado, recogiendo abono por los caminos, de aprendices, meritorios, grumetes, recaderos o sirviendo, cuando ya mayores, en casas particulares, oficinas, etc., etc., todos contribuían a ga-

nar el pan, y en este concepto eran los hijos, más que carga, origen de rentas.

He aquí cómo se expresaba en este punto en Inglaterra, a fines del siglo XVIII, un antiguo obrero de la industria de Robert Owen: «Soy casado y padre de 11 hijos; los 6 más pequeños no alcanzan los 10 años y van a la escuela; los dos mayores, empleados en la fábrica, ganan 32 chelines por mes; los dos que siguen, 24, y el quinto, 8». Con estos múltiples ingresos la familia vivía bien y educaba a sus hijos.

Coincidió el gran desarrollo industrial de Inglaterra, en los fines del siglo XVIII y principios del XIX, con enorme aumento de población, que apenas si fué contrariado por las guerras napoleónicas, porque, habiendo empleo para todos los brazos, cuanto más numerosa la familia, mayores ganancias para el presupuesto doméstico.

En la actualidad, desde que el ciudadano viene al mundo, la sociedad, representada por el Estado, y en cumplimiento de leyes dictadas para asegurar la ciudadanía del futuro hombre, se impone a los padres la obligación de inscribirlo en el Registro civil; se vigila su crianza y alimentación hasta los 6 años, y desde esta edad (si antes no se le tuvo en los Jardines de la Infancia) hasta los 16 se le mantiene en la escuela, vigilando también su desarrollo físico y procurándole cultura y educación. A este fin, se le prohibe o reglamenta, reduciéndolo a un mínimum compatible con su desarrollo físico y con la asisten-

cia a la escuela, cualquier trabajo que en otro tiempo subvenía a la alimentación del niño o del adolescente, amén de una ganancia pecuniaria que, poco o mucho, acrecía el acervo familiar. A los padres les queda la carga de la alimentación, vestido y asistencia de los hijos, a cambio de la satisfacción de verlos sanos, instruídos y educados. También, cuando los padres carecen de recursos, el Municipio, el Estado o las Asociaciones de cualquier orden alimentan o contribuyen a la alimentación y aun al vestido de los niños en la edad escolar; mas, de todas suertes, es lo cierto que con el sistema moderno los padres soportan las cargas de los hijos sin esperar de ellos otros beneficios que los que puedan reportarles más allá de los 16 años, cuando se acerca la época de la emancipación por cambio de estado, y, por supuesto, mientras se completa el aprendizaje, el estudio y la técnica, y se adiestra el futuro artesano, artista o profesional, en todos los casos muy apurados para ganarse el sustento, cuanto alejados de la posibilidad de contribuir a los gastos de la familia. Esto, sin contar con el servicio militar obligatorio y las demás cargas que impone la ciudadanía.

La embriaguez de la victoria.

Suele ser más tóxica para los pueblos que el alcohol para los individuos.

A la virtud exaltada en forma de patriotismo que

llevó al pueblo a la victoria suceden la *vanidad*, que todo lo envenena; *el egoísmo*, que malogra el ideal colectivo; *el lujo*, que a cualquiera abdicación conduce.

Así ocurrió a Esparta después de la guerra del Peloponeso: mientras luchaba y triunfaba, podía presentar en línea de combate 10.000 guerreros bien templados. En los tiempos de Aristóteles estimaba el gran filósofo que por falta de nacimientos apenas si llegaban a 1.000 los espartanos capaces de combatir.

Otro ejemplo lo dió la propia Grecia, después de las guerras médicas: magnífica en la época de Pericles, apenas habían pasado 50 años, y los mercenarios sustituyeron a los ciudadanos en la flota vencedora en Salamina; «se vendían los generales, los oradores, y se compraban los honores, la influencia y el poder. Al arte lo reemplaza el lujo; la cortesana eclipsa a la madre de familia; los placeres atraían a los extranjeros, y la inmigración disimula la esterilidad» (1). Análoga decadencia de la natalidad ocurre en Roma vencedora en las guerras púnicas. Ya en los tiempos de Augusto era tan sensible la escasez de ciudadanos, que el gran emperador se creyó obligado a ponerle remedio con la ley que lleva su nombre, dictada en el año 736, cuyo espíritu merece comentario. La ley Julia Pappia Poppæa tiende a favorecer la natalidad, cuanto perjudica al célibe o al matrimonio sin hijos. Los solteros no pueden heredar

(1) Gaston Rageot: *La natalité*, pág. 11.

a los extraños, y sólo en la mitad los matrimonios infecundos. Los cónyuges podían heredarse en la totalidad de la hacienda sólo cuando tuvieran hijos, y podían recibir la décima parte si cualquiera de ellos, el marido o la mujer, habían tenido hijos en otra unión.

La ley tuvo poco éxito; ninguno, a creer a Tácito; y hay que creerle, aunque algo exagere, porque el célebre autor de los *Anales* era lo que hoy llamaríamos un crítico partidista, un periodista de la oposición. Ya Tiberio modificó la ley Julia, y sus sucesores la dejaron poco a poco caer en desuso.

Y no tuvo éxito por las mismas razones que hoy se lo negarían. En primer término, la mayor masa de la población ni espera herencias ni tiene bienes que heredar; y los pudientes, como dice Plutarco, se casarían para heredar, no para dejar herederos. Más tarde veremos que igualmente se estrellaron en el buen deseo de fomentar la población cuantas leyes fiscales se dictaron para castigar el celibato y la esterilidad. No es con el *temor,* sino con la *esperansa,* como dice Leroy Beaulieu, con lo que hay que actuar. Por esto apuntamos entre las causas sociales que se oponen a la natalidad

La desesperanza.

Rodeados e invadidos por vecinos poderosos, los pueblos infelices y débiles se dejan morir. Más que un suicidio colectivo, la esterilidad, que enrarece

primero y agota más tarde la población, es la consecuencia de la atonía social, de la pérdida de la energía fisiológica en su manifestación más trascendental, la reproducción, que va más allá del individuo y vence al tiempo y a la muerte. Por su causa, yo la llamaría *genoastenia;* por sus efectos, los sociólogos la denominan *oligantropía*. La genoastenia coincide las más veces con la neuroastenia y la psicoastenia; es decir, que los pueblos pierden el deseo de multiplicarse cuando, faltos de tono y de resolución, no encuentran objetivo para su propia vida. Pero, por la complejidad de los fenómenos biológicos y sociales, estas bajas tónicas coinciden con un alza, a las veces brutal, del egoísmo, del instinto de conservación, del afán de placeres.

Ya un periodista español, Araquistain, ha fustigado briosamente la parvedad de miras de la familia española, que apunta a colocar a los hijos, a dotarles de un sueldo inamovible, de una renta chica o grande para que vivan y gocen. Y así como el miedoso por huir del peligro cae en la temeridad, y el aprensivo por evitar enfermedades concluye en enfermo, los que egoístamente miran su propio bien, desdeñando el bien colectivo, resbalan sin sentir hacia la miseria. Hay que levantar la mira y apuntar a los ideales, que sólo con patria grande pueden ser poderosos los patriotas. Por esto apuntamos enfrente a la desesperanza el optimismo y la fe en los ideales, como remedios contra la despoblación.

Las propagandas y prácticas anticoncepcionistas.

Para asegurar la vida de las especies, la Naturaleza dotó a los individuos sexuados, en cuanto alcanzan la madurez necesaria para la reproducción, de un apetito irresistible, más fuerte, como hemos visto, que el que conduce a la nutrición, pues hay animales que por el celo desdeñan el alimento, y otros que sacrifican la vida por la satisfacción genética.

La hembra del escorpión devora al macho una vez satisfecha, y es tan ciego e irresistible al apetito que atrae al macho, que muchas veces el parricidio se consuma sin esperar a que termine la boda, y la víctima continúa abrazada a la cruel parricida, aunque le falte la cabeza si por el apéndice capital comenzó la hembra su festín. He aquí un macho, el escorpión, que materialmente satisface los dos apetitos carnales de la hembra: el hambre y el celo.

En las esferas superiores de la animalidad, el apetito constituye un espasmo voluptuoso que dista, por su agudeza y extensión a todos los territorios nerviosos, de las satisfacciones que puede gozar un hambriento cuando come o un sediento cuando bebe. Todavía mayor compromiso nervioso y máxima agudeza adquiere en el hombre el apetito sexual; como que a los impulsos animales del instinto se añaden

las complicaciones psíquicas y morales del amor.

Beaumarchais quiso expresar esta perversión del instinto a expensas de las funciones superiores del cerebro cuando definió al hombre como «animal que bebe sin sed y hace el amor en todas las épocas del años». Es sabido que los animales sienten el celo periódicamente, de ordinario en la primavera, y permanecen fríos e indiferentes en las demás estaciones. En la especie humana, el apetito, que se despierta en la pubertad, no se interrumpe en época alguna del año, y, todo lo contrario, perdura cuando ya se perdieron las posibilidades fisiológicas de la reproducción.

La voluptuosidad constituye el placer supremo, tanto más apetecido y deseado cuanto su satisfacción expone a sanciones muy diversas, que abarcan desde el Código penal hasta la Patología. Por estos mismos peligros, coincidiendo con las facilidades que las costumbres han dado a las relaciones entre los dos sexos, ha podido decir un higienista (Hericourt) que la sociedad moderna vive en plena preocupación sexual.

No es una de las menores preocupaciones en la aproximación sexual, ya sea de ocasión o legitimada por el matrimonio, la concepción, con sus naturales consecuencias: embarazo, parto, lactancia, mantenimiento, educación y herencia de los hijos. Conseguir el placer, hurtando las consecuencias fisiológicas del acto carnal, es un propósito desgraciadamente muy extendido; como que, falseando los preceptos

puramente castos o abstinentes de Malthus, ha producido la horrible plaga del neomalthusianismo, que amenaza de muerte a la Humanidad.

Los anticoncepcionistas burlan a la naturaleza a la manera como lograba Pawlow que los perros segregaran jugo gástrico, excitándolo por el gusto y paladar de alimentos que el animal devoraba con hambre inextinguible, porque los bocados no llegaban al estómago y se escapaban al exterior por una fístula abierta en el esófago. El experimento era cruel, mas lo motivaba y disculpaba la investigación científica. ¿A qué disculpa pueden acogerse los que malogran la semilla o arrojan el fruto antes de la madurez, secando las fuentes de la vida y cerrando las puertas al porvenir de la especie?

De Inglaterra, patria de Malthus, arranca el falseamiento de la doctrina malthusiana, y nada menos que de un hombre de ciencia, James Mill, padre del célebre economista John Stuart Mill. Se le atribuye esta frase: «El gran problema práctico es encontrar el medio de limitar el número de nacimientos» (1).

También se puede citar entre los propagandistas del neomalthusianismo en Inglaterra a Robert Dale Owen, hijo del célebre industrial del mismo apellido; su libro titulado *Moral Physiology* (New-York, 1832) es un verdadero tratado pseudocientífico de prácticas anticoncepcionistas. El freno artificial (*ar-*

(1) *Elements d'Economie politique*, 1821. Cit. por Leroy Beaulieu.

tificial cheek) es el recurso supremo contra el gran peligro del acrecentamiento de la población (*the master evil*).

La propaganda anticoncepcionista se ha extendido como una plaga por todas las naciones, sin exceptuar la nuestra, pues Leroy-Beaulieu, en su obra citada, habla de una liga titulada *de la regeneración humana*, constituída en Barcelona en Julio de 1904.

Más vale no creerlo que averiguarlo, aunque es de temer la exactitud de la cita, porque de la Ciudad Condal viene traducida, a un mal castellano por más señas, una obrilla de autor extranjero, que no detallaré para no hacer involuntariamente su propaganda, en la que se exponen cuantos medios pueden emplearse por parte del varón y la hembra para evitar el fruto. Y no se crea que los consejos se dirigen a los Donjuanes callejeros y Magdalenas sin arrepentir; que a las mismas casadas, y aun a las recién casadas, se les advierte *el peligro de la concepción* y los medios de esquivarla cuando el marido no es lo bastante generoso o galante para procurarlo de su parte.

El aborto.

En Francia, a juzgar por los testimonios autorizados que cita Leroy-Beaulieu en su libro sobre la población, el aborto es maniobra criminal tan ex-

tendida como poco perseguida y castigada. Tanto, que un ministro de Justicia, mi amigo M. Barthou, se ha tenido que lamentar en el Senado (sesión del 30 de Enero de 1913) de la ineficia de las leyes y de la necesidad de otras que castiguen y eviten con el terror a sanciones penales las propagandas y prácticas anticoncepcionistas y el aborto. La queja era motivada, pues el Tribunal de casación reiteradamente (la última en sentencia del 23 Noviembre 1912) había decidido que ni aquéllas ni éste eran constitutivos de delito.

Véase ahora las denuncias de los médicos con relación a la plaga criminal del aborto.

El Dr. Doleris afirmó en la Academia de Medicina que no es excesiva la proporción de 35 y aun 40 por 100 de embarazos interrumpidos entre el 4.° y el 7.° mes. En su clínica del hospital Boucicaut, en poco más de un semestre murieron 19 mujeres a consecuencia de tentativas de aborto.

Paul Landry teme que haya actualmente más abortos que nacimientos.

Lacassagne, profesor de la Universidad de Lyon, dice que en esta ciudad se consúman 10.000 abortos por año, y calcula en 70.000 los que se perpetran en París, contra 63.000 nacimientos.

La Sociedad Obstétrica de Francia, en un Congreso celebrado en 1909, declaró «que el aborto, según las observaciones de las Maternidades, en las grandes urbes destruye prematuramente próximamente la tercera parte de los productos de la concep-

ción». Y añade en un párrafo de la moción votada por la misma Sociedad: «El aborto criminalmente provocado determina con gran frecuencia accidentes consecutivos de extrema gravedad, cuales quiera que sean las precauciones que se adopten para impedirlos y la técnica adoptada.»

En España me temo que, aunque no en el número aterrador que lamentan en la vecina nación, sean frecuentes los abortos provocados para evitar la madurez del fruto y el compromiso del parto; en esta opinión convienen los tocólogos a quienes he consultado, mas no me ha sido posible concretar cifras. Desde luego, en las estadísticas anuales de las Memorias del fiscal del Tribunal Supremo no se mencionan más que los abortos criminales, con escándalo y víctima la madre de brutales maniobras. Las mujeres que voluntariamente desean frustrar su embarazo y las que las ayudan en esta obra criminal ocultan la fechoría y burlan el Código penal.

Medida recomendada es la prohibición del anuncio y venta de libros, folletos y revistas que recomienden y propaguen las prácticas anticoncepcionistas: desde luego se evitaría que cayesen en manos inocentes; pero particularmente tengo poca fe en los resultados de la prohibición y persecución de estos malhechores literarios. Cuando el índice de la moralidad acuse un más alto nivel, el ciudadano digno que aspira a dejar un heredero que le reemplace y la mujer honrada rechazarán con indignación esos papeles.

Nadie quiere individualmente morir; y cuando los hombres se convenzan de que forman parte de una familia y de un pueblo que vive como ellos, pero con existencia perdurable, nadie voluntariamente querrá poner fin a su estirpe ni atentar a la patria; que si se estima como delito el suicidio que pone fin a la vida individual, moralmente es delito mayor contribuir a la muerte por agotamiento de la madre de todos.

Por lo menos, tres hijos son precisos: dos para reemplazar a los padres, y el tercero para suplir la esterilidad de otras familias y para el fomento de la población.

El ateísmo, el descreimiento y la impiedad.

El matrimonio fué elevado por la Iglesia cristiana a la jerarquía de sacramento, y liga mientras dura la vida al hombre y a la mujer, dos en uno, para fundar un hogar y una estirpe (1). No se asocian los cónyuges para vivir el uno a expensas del otro, ni para descargarse recíprocamente sus obligaciones, ni siquiera para el socorro mutuo; que éstas son derivaciones subalternas y decaimientos: se casan para

(1) En la epístola de San Pablo a los Efesos se expresa con insuperable elocuencia la santidad del matrimonio y sus fines. «Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y se allegará a su mujer; y serán dos en una carne.»

combinar felizmente las aptitudes del varón y la mujer en provecho del matrimonio y de los hijos; éstos tampoco son una carga, sino el encanto, el orgullo y la satisfacción de los padres, que se sienten reproducidos, casi inmortales en su descendencia, y pueden esperar de ellos alivio primero, descanso y sustitución después.

La satisfacción de la paternidad la experimentan los animales en una esfera puramente instintiva, y en las especies domésticas, como en las salvajes, se ofrecen ejemplos de la solicitud, muchas veces rayana en el sacrificio, de las hembras para sus hijuelos; éstos corresponden, ciertamente, con menos desinterés al cariño de la madre, y si las ternezas recíprocas acaban con el desarrollo de las crías, es por la necesidad de atender los padres a las nuevas generaciones. Los machos, sólo en las especies que se ayuntan por parejas, y muchas veces a través del amor de la hembra, se interesan por los hijos y procuran por su alimentación y defensa. Véase, pues, en el ejemplo de las especies zoológicas esbozado el carácter del macho, más dispuesto a defender su cubil que a la crianza de sus hijos. He aquí cómo, conforme con este criterio biológico, define Marañón los papeles del varón y la mujer (1): «En armonía con estas diferencias, vemos que el hombre sexualmente normal se detiene episódicamente a realizar el acto primario, y ya no tiene más participación en el momen-

(1) G. Marañón: *La edad crítica;* pág. 189. Madrid, 1919.

to reproductor; su actividad está embargada por las funciones reproductoras secundarias, la defensa del hogar, el cuidado de la prole, etc. En la mujer, en cambio, todo gira, desde que empieza a esbozarse en el embrión su plan estructural, hasta que la pubertad determina el desarrollo, alrededor de su posible maternidad»... «Los varios y complejos aspectos de esta función—el embarazo, el parto, la lactancia,—que al repetirse absorben los años mejores de la vida de la mujer, indican bien claramente que en esto se cifra casi todo el objeto para que fué creada.»

En un plano superior a estas miras biológicas, se encuentran en el hombre los intereses morales, y mirados éstos con el prisma religioso, siempre será más agradable a un cristiano la comparecencia ante el Juez Supremo alegando ser tronco de numerosa descendencia, porque la cuenta ha de ser más severa cuando el solterón o el cónyuge estéril tenga que justificar el empleo de su vida en favor del prójimo; que nada es más fácil al solitario que el egoísmo y la dureza de corazón. Todo lo contrario, los padres de familia, propensos al altruísmo cuanto condescendientes con las flaquezas del prójimo.

Es verdad que el catolicismo preconiza el celibato de los sacerdotes y de las Ordenes monásticas de uno y otro sexo, mas en el sentido de que los ministros del culto y los monjes son espiritualmente padres y madres de los pecadores y de los desamparados. Así, se titulan padres, madres, su paternidad, su caridad, porque extienden sus atencio-

nes paternales a los necesitados de consejo, de consuelo, de socorro moral y aun material, sin relación a pueblos, castas, estirpes y familias. ¿Que estos matriarcados y patriarcados morales en la práctica se distancian mucho de los naturales? Cúlpese a las personas, no a la institución; animales hay que devoran a su pareja o a la cría, y también hay madres que matan a sus hijos o los abandonan (abandono que en muchas ocasiones equivale al parricidio, y que no está penado, sino más bien consentido por las leyes). No se renegará del augusto ministerio de la maternidad por estas madres indignas de serlo, cuando tantas dan ejemplo del celo y abnegación con que cumplen los deberes que les asignan de consuno la Biología y la Ética.

Cuando estudiante, aprendí en un autor que la elasticidad de ciertas cavidades musculares podía compararse a la de una película de jabón; luego, la vida me ha enseñado que es la conciencia humana mucho más elástica; y como poco a poco la vamos descargando de peso, llegará un día en que, vacua de todo contenido moral, sea arrastrada por el instinto, y aun en contra del instinto, como arista que arrastra cualquier viento, falta de gobierno y de orientación.

La religión era un freno contra el egoísmo, la disipación y la esterilidad; estimulaba la paternidad en cuanto los deberes, trabajos y penas que acarrea; se apreciaban como premios de virtud en este mundo y haber que acreditar para la vida eterna. Los hom-

bres y las mujeres se resignaban a la esterilidad cuando era involuntaria, y se consolaban con la idea de que cualquier estado o condición digna es grata a los ojos de Dios, y cualesquiera virtudes pueden franquear las puertas del cielo; pero desde que el ateísmo y la irreligiosidad barrieron todos esos preceptos de la moral cristiana, sólo quedan el disfrute de la voluptuosidad y los procedimientos para evitar las consecuencias o el peligro del contagio; que por esta vía, más que por la respiratoria y digestiva, penetran de ordinario los gérmenes de dos de las plagas sociales: la neisserosis y la avariosis. ¡Como si los sacrificios en el altar de Venus no tuvieran otras consecuencias! En otra ocasión he citado a los machos de muchas especies de articulados, desmedrados de cuerpo, insignificantes con relación a las hembras, y muertos por ellas o abandonados a una suerte fatal apenas consumada la boda, y pienso que muchos hombres mueren víctimas del apetito sexual, que no puede llamarse amor sino cuando se aceptan las obligaciones de la paternidad.

Muchos hombres, como los zánganos, mueren sacrificados por el apetito genético, y si perduraran, ¡qué cuadro de desolación ofrecería la grey masculina! Declaremos, admitiendo por un momento el supuesto de este pseudo amor, libre de todo compromiso legal, social y patológico, nuestra repugnancia ante la visión de nuestros semejantes viejos prematuros, arrastrando las piernas al andar, los ojos apagados, el belfo húmedo y exuberante, flacos de vo-

luntad e incapaces de atención para una obra seria y metódica. Este es el tipo del hombre voluptuoso, del estragado, que todos hemos conocido personificado en cualquier ejemplo. La Biología impone el régimen al uno y al otro sexo, y por eso es periódico el celo; en los intervalos, los animales se reponen del gasto, que no puede valorarse, ni con mucho, por la cantidad y calidad de los materiales que constituyen el huevo y la semilla, pues éstos encierran en su extracción el secreto de una combinación tan cara al organismo como trascendental es su destino. Ni el fósforo, ni el nitrógeno, ni la núcleo-albúmina, apreciadas químicamente, pueden representar el valor trófico y dinámico que alcanzan los productos sexuales, ni aunque se les acredite en la cuenta el gasto nervioso del organismo erótico.

No resisto a la tentación de resumir aquí, por estimarlo oportuno, lo que expuse en una conferencia (1) acerca del amor y el matrimonio, ya que es éste la primera garantía de la natalidad. El que escribe mucho de asuntos semejantes ha de repetirse; y aunque tengo bastante prevención a las personas que se escuchan y se hallan satisfechas de sí, convengo en que de todas las vanidades es la más inocente la de citarse a sí mismo, disculpable narcisismo que tiene fundamento biológico. Recuérdese el horror a lo extraño que muestran las células de cual-

(1) Conferencia en el Ateneo de Barcelona, por encargo de la Sociedad de Biología. Enero 1918.

quier organismo, del cual se hizo mención en la primera parte.

El amor y el matrimonio.

La atracción recíproca de los sexos nos trajo el amor, el seguro de la vida, cuya renuncia sería la catástrofe que dejaría inhabitado el planeta; por su consecuencia los seres vivos triunfan de la muerte, pues si los individuos perecen, las especies perduran. El amor, que entre los animales es unión, las más de las veces accidental, de un macho con una hembra, y que mide su mayor duración por la crianza de los hijos, alcanza en el hombre elevaciones sublimes, en cuyas exquisiteces se borra toda sombra material o interesada, para los menesteres orgánicos se entiende, y pueden enfocarse amores tan espirituales como el amor al prójimo, el amor al Arte, el amor a la Ciencia, a la Patria o a Dios.

Ya en los animales superiores, en los domésticos se observa con mucha frecuencia que los apetitos, en un principio tróficos o genéticos, se trasforman y desinteresan del alimento o de la hembra para manifestarse por afectos a los hijos, a la casa o al dueño. El perro de un mendigo prefiere el hambre y los malos tratos de su amo al halago y golosina que un pudiente le ofrezca, y cuentan que alguno se ha dejado morir de hambre afligido por la pérdida de un afecto entrañable.

Volviendo a la definición del hombre atribuída al autor de las *Bodas de Fígaro*, es el caso que así como se come sin hambre y se bebe sin sed, también se hace el amor sin la preocupación de la descendencia; antes por el contrario, hurtando el compromiso. Es incomparablemente más intenso el orgasmo de la satisfacción genética; ocasiona gastos en lugar de los ingresos que proporciona la satisfacción del apetito nutritivo; son también más frecuentes y graves las consecuencias patológicas del acto carnal, y por todo ello se exagera este apetito; quelas cosas valen lo que cuestan, y el peligro es enorme tentación, sobre todo si la salud, la honra y la vida se expone por satisfacerlo. Mas si el peligro es un formidable excitante para pecar, también es poderoso freno que contiene al pecador, y en estas oscilaciones se mueve la Humanidad, singularmente la muchedumbre ociosa y despreocupada; que no hay mejores sedantes que el trabajo y la familia para esta fiebre sexual.

Los higienistas se alarman, con motivo, cuando observan que en la Edad moderna, y muy especialmente entre los pueblos civilizados y en las clases media y alta, ya lo hemos dicho, se vive en plena preocupación erótica. Las mujeres sólo en agradar parece que piensan, indudablemente porque los atractivos físicos, exagerados de industria, por la moda y la coqueteria, son las artes para conseguir marido, y es el matrimonio el más seguro y natural puerto de refugio de la nave femenina. El hombre, porque en el ambiente social, en cualquier sitio y en toda oca-

sión, encuentra estímulos para el amor. Y tras la infracción del sexto viene la de los demás mandamientos de la Ley de Dios.

Entre los animales, la satisfacción del apetito sexual es periódica y obedece ciegamente a la propagación de la especie. En el hombre, que es racional, y que por serlo tiene otras responsabilidades, la satisfacción del apetito es el comienzo de un proceso ético que no concluye sino con la emancipación de los hijos después de criados y educados. Aún no concluye del todo sino con la vida de las personas, ya que éstas, por viejas que sean, siempre ejercen función tutelar sobre la familia, por prolongada que la supongamos. Si los muertos mandan, y nosotros nos sentimos inclinados a seguir la conducta que dictaron nuestros abuelos, muchos años ha enterrados, con mayor imperio se nos imponen los dictados de nuestros abuelos vivos, aunque débiles por viejos no ejerzan sobre nosotros otra acción que la de la presencia, como los catalizadores químicos. Catalizadores morales son nuestros abuelos, y con mayor razón nuestros padres; y para que desplieguen toda su función educadora, tanto como la tutelar, es preciso que las parejas humanas se unan en matrimonio indisoluble, no en uniones pasajeras como las aves, que se aparean para criar, y luego se amontonan en bandadas más o menos numerosas.

Desde luego, en la mujer la satisfacción del apetito genético puede ser, debe ser, ya lo hemos dicho, el principio de un proceso fisiológico, el embarazo,

seguido del parto y luego de la lactancia. No hay madre, sin embargo, que limite su acción a las atenciones puramente nutritivas de su hijo, sino que le protege contra las causas de enfermedad, le defiende del frío, de las injurias traumáticas, y le pone al abrigo de las injurias morales inculcando en la tierna mentalidad los principios éticos que convierten al niño en hombre sociable, en ciudadano. La cultura del espíritu no tiene menos importancia, sino que es superior al alimento del cuerpo; y si la lactancia se despacha en unos cuantos meses, la educación se prolonga mucho más allá de la adolescencia. ¡Cuántos hombres con barbas y aun emancipados se asieron como tabla de salvación a su madre en los naufragios de la vida!

¿Y si no se entienden los cónyuges? El hastío recíproco, la incompatibilidad de los caracteres, tal vez la inferioridad ética o intelectiva de cualquiera de ellos, parece justificar el divorcio. Mas no es el matrimonio una Sociedad de socorros mutuos, para pasar la vida con lo mejor y rescindirlo si resulta lo contrario, pues, como advierte juiciosamente el profesor Grasset, «el fin del matrimonio no está en la dicha de los esposos, y, por consiguiente, no es la consideración de su felicidad o de su desgracia la que ha de influir en su duración o indisolubilidad» (1). «La unidad social es la familia y no el individuo», dice Paul Bourget; el matrimonio tiene por objeto la cons-

(1) Dr. Grasset: *La biologie humaine*, pág. 293.

titución de la familia, con todas las consecuencias antes apuntadas, de la formación física, intelectual y moral de los hijos. Los matrimonios que no los tienen, y que además no se entienden, han hecho el peor de los negocios si no derivan sus actividades en el sentido altruísta, en el bien del prójimo.

La Ética conviene con la Biología que, al cabo, tan natural es engendrar hijos como criarlos, educarlos y amarlos. Y no corren peligro «las glorias ciertas del amor» a que aludía Argensola en su célebre soneto, aunque cerremos contra toda finalidad en el humano que sea distinta de la constitución de la familia. Siempre habrá galanteos que ya se ofrecen con abundantes ejemplos en la serie animal, alternativas de defensa y rendimiento por parte de las hembras; instancias repetidas, a las veces violentas, de los machos, como prólogo del ayuntamiento. Feliz era, si fuera posible, aquella en que todos los hombres capaces de matrimonio lo contrajeran y no hubiera más amor que el prodrómico de las nupcias. Cierto que nosotros no concebimos una sociedad tan uniforme, y no sabríamos de dónde sacar argumentos tanto para la comedia como para la tragedia humanas; pero no se alarme el auditorio ni se preocupen los artistas, que el amor, sin otra finalidad que los goces y dolores que alternativamente proporciona, se extinguirá en el mundo en una época ulterior a la desaparición de las tabernas, cervecerías, confiterías, pastelerías y demás establecimientos en donde se bebe sin sed y se come, no para reparar el gas-

to orgánico, sino para satisfacer el vicio, la gula o la golosinería.

Piensen en esto las mujeres, y encontrarán una finalidad para cada día de su vida, por mucho que se prolongue, sin que nunca alcancen una jubilación que las trueque en viejas en el aspecto despectivo de esta palabra.

La mujer que acierte a dar a cada acto su ocasión, que no se empeñe en prolongar una juventud que pasa, que sepa encontrar su ministerio en las distintas épocas de su vida, que no coincida con sus hijos sino en el amor recíproco, nunca en competencias galantes, siquiera sea en las apariencias; que a su tiempo se muestra doncella linda, elegante y seductora; esposa bella, pulcra, atractiva, amable en todos conceptos; matrona hermosa, digna y admirable, y anciana ungida por la autoridad que le conceden sus canas y las virtudes acumuladas en su historia. ¡Qué contraste el que ofrecen la vieja adobada que se empeñe en aparentar una juventud ya lejana y la abuela reina y señora de dilatada prole! (1)

(1) Un literato insigne, Martínez Sierra, compara la mujer que se empeña en conservar la juventud, engañando al tiempo, a un árbol que diera flores en tramas seguidas en todas las épocas del año. Aprovecho el símil, y, abundando en las mismas ideas que el autor de *Cartas a las mujeres de España*, añado que las mujeres pueden producir flores y perfumes desde niñas hasta viejas, si cuidan de adaptarlas a la edad y a su estado: así, por ejemplo, flores albas de inocencia y perfume de jazmín, en la niñez; olor a rosas y flores tan hermosas

Enfermedades que esterilizan o malogran el fruto.

Son bien conocidas, y sobre ellas y sus perniciosas consecuencias para la población se han escrito muchos volúmenes: por lo mismo me limitaré a su enumeración. Figuran, en primer término, la neisserosis, que conduce muchas veces a la esterilidad, y la avariosis, que también esteriliza y con más frecuencia determina el aborto. Sigue después el alcoholismo, que directamente puede impedir el fruto o malograrlo, mas con mayor frecuencia desconcierta el organismo y lo empuja a la degeneración; y cuando ésta se consuma, la esterilidad y los abortos son las consecuencias inmediatas.

Luego vienen las intoxicaciones de todas clases (saturnismo, hidrargirismo, etc.), las infecciones y las llamadas enfermedades constitucionales. La tuberculosis es responsable de grandes estragos en la población, principalmente por el aumento en las defunciones, aunque también le corresponde una parte no pequeña en la baja de la natalidad. También el paludismo, en nuestro país, influye perniciosamente en la cuantía de los nacimientos.

como ellas, en la juventud; flores de maternidad y aromas de claveles, en la edad madura, y flores de santidad con olor de incienso, en la vejez.

En este punto la Higiene es poderosa, y en su esfera de acción entran los medios preventivos. Trátase de enfermedades evitables todas; las más, curables, y, por tanto, lo que aquélla no puede lo logra la Medicina. Cada cual engendra su semejante, y, por lo mismo, el que desee generaciones robustas ha de preocuparse de que sean sanos los progenitores. La Eugénica, que alboreó en nuestros días, tiene mucho que hacer en el inmediato porvenir.

Remedios contra la baja natalidad.

Muchos de ellos quedaron expuestos en el análisis y crítica de las causas de la moderna oligantropía; en este capítulo, último del libro, me propongo concretar los recursos que perentoriamente pueden oponerse a la baja natalidad.

No está la Tierra lo suficientemente poblada como para pensar en mudarnos a otro planeta o recurrir al desahucio de una parte de la población para que el resto viva más holgado. Calcula Leroy-Beaulieu (en la obra tantas veces citada) la población total del mundo de 1.650 a 1.700 millones de habitantes, con una densidad media aproximada de 12 habitantes por kilómetro cuadrado; y es de advertir que los cálculos menos optimistas cifran en 60 el número de los que un kilómetro cuadrado puede sustentar.

Esta población está mal repartida, pues en con-

traste con países muy poblados, como la China, la India, Bélgica e Italia, que son verdaderos hormigueros humanos, podemos citar al África, Oceanía y las dos Américas, con 2 a 6 habitantes por kilómetro cuadrado.

A Europa corresponde la décimatercia parte de la superficie, casi con la cuarta parte de la total población del globo. En España, la densidad media de habitantes por kilómetro cuadrado asciende desde 1877 a 1910 en la siguiente proporción:

1877	1887	1897	1900	1910
32,92	34,76	35,87	36,83	39,49

La máxima densidad de población corresponde, según el censo de 1910, a las provincias de Vizcaya, con 161,59; Barcelona, con 148,46; Guipúzcoa, 120,28; Pontevedra, 112,80; Madrid, 109,80; Alicante, 85,81, y Toledo, 82,20. En las provincias de Barcelona y Madrid pesa mucho la población de las capitales.

Se distinguen por su población enrarecida: Soria, con 15,68; Cuenca, con 15,68; Huesca, con 16,39; Guadalajara, 17,17; Teruel, 17,24, y Albacete, 17,81.

Como se ve, España puede sustentar mayor población, siempre que prospere la economía y aumente la producción; ésta no depende del suelo, afortunadamente para nosotros, que tenemos muchos terrenos improductivos y un clima seco y variable. Después de Suiza, cuya altitud media se calcula en

1.299,91 metros, viene España, con 700,60; no participamos de los pesimismos de nuestro sabio amigo D. Lucas Mallada (1), mas tampoco del optimismo del rey Alonso el Sabio, que consideraba a nuestro país poco menos que una sucursal del Paraíso (2); mas sin contar con los optimismos de otro sabio sin corona, Berthelot, creemos que la ciencia y la economía pueden multiplicar las cosechas.

Berthelot augura para la nueva era que inaugura la explotación de los inagotables manantiales de energía que encierra el centro de la Tierra la producción directa de las subsistencias, sin la colaboración de las plantas ni de los animales. Empleando como primeras materias el nitrógeno, el ácido carbónico y el agua, se obtendrían en condiciones de pureza y de economía estupendas los alimentos. No más agricultura, ni ganaderías, ni caza, ni carnicería: el hombre dejaría de ser enemigo de la flora y de la fauna, para convertirse en un admirador de las bellezas naturales, pródigo de atención, de dulzura y de moralidad.

Mientras esa visión maravillosa se realiza, aten-

(1) D. Lucas Mallada: *Los males de la patria*. Clasifica el suelo español en las siguientes clases: rocas enteramente desnudas, 10 por 100; terrenos muy poco productivos por su altitud, sequedad o mala composición, 35 por 100; terrenos medianamente productivos, 45 por 100, y fértiles, 10 por 100.

(2) «Pues ésta España que deximos tal es como el parayso de Dios». *La crónica general de España*, por D. Alonso el Sabio.

gámonos al trabajo, a la economía y a la ciencia: con estos factores se puede resolver actualmente el problema de las subsistencias para una población muchísimo mayor que la que hoy puebla al mundo.

En segundo término, la emigración y la colonización: merced a ellas los países más adelantados y fecundos vierten en otros menos favorecidos el excedente de su población.

La verdadra democracia, que tiene por base *la igualdad,* ha de tener por complemento el altruísmo (*la fraternidad*). ¡Y cómo imaginar combinación más feliz de la igualdad y el altruísmo que la que la Naturaleza nos ofrece en la reproducción! En el hijo, *que es otro,* pero que se ama como a sí mismo, se perpetúa, no ya un igual, casi un idéntico, y muchos, la mayoría de los nacidos, morirían sin dejar el menor rastro de su paso por el mundo si no fuera por los hijos. Éstos prolongan la vida de los padres e impiden que éstos mueran definitivamente.

Son excepciones de esta regla los genios, que suelen ser poco fecundos, cuando no estériles; mas, a falta de hijos, se sobreviven en sus creaciones artísticas.

Ya hemos hablado de una época no lejana, las postrimerías del siglo XVIII, en la que la prosperidad de la familia, especialmente en la clase obrera, aumentaba con el salario de los hijos; que todos trabajaban en cuanto tenían edad para ello, y contribuían con sus jornales al presupuesto doméstico. El empleo del carbón de piedra, el descubrimiento de las má-

quinas de vapor, la navegación con el empleo de esta fuerza, la apertura de canales y el tendido de vías férreas multiplicó en proporciones asombrosas la industria y el comercio. Y la prosperidad de los pueblos y los censos de población aumentaron. ¿Quién, explorando sus recuerdos, que naturalmente se reducen a épocas más cercanas, no puede ofrecer ejemplos de familias tan numerosas como trabajadoras y económicas que hicieron fortuna aunando y multiplicando su laboriosidad?

En el Congreso internacional de *Eugénica* celebrado en Londres en Julio de 1912, uno de los campeones de la nueva ciencia, el profesor Carlos Pearson, dijo que, «estudiadas con mucha precisión las curvas de natalidad en un cierto número de ciudades industriales inglesas, ha observado una disminución en los nacimientos cada vez que una ley social limitaba el empleo de los niños en la industria» (1). Las leyes protectoras de la infancia tienden a disminuir la natalidad en los países en que se emplean. Lo digo al tanto de nuestra baja, que segura y desgraciadamente no depende de las leyes protectoras de la infancia ni tampoco del embargo del niño para educarle e instruirle por cuenta del Estado y del Municipio. Y no porque nuestro protocolo legal carezca de semejantes leyes, que las tenemos excelentes cuanto benéficas (2); mas en la práctica resultan letra

(1) Citado por Leroy-Beaulieu.

(2) Leyes de Sánchez Guerra y Dato, etc.

muerta. Para la instrucción obligatoria nos faltan escuelas y todo lo demás, ya que los medios docentes de la instrucción primaria son inferiores a las exigencias de la población escolar.

De los tiempos antiguos, en que la patria potestad no tenía límites, en tanto el hijo era tan de propiedad del padre cuanto pueden serlo las uñas o el pelo, que son excrecencias de su piel, hemos venido a parar en un padre que es depositario responsable del ciudadano, que, aunque engendrado, mantenido y educado por él, pertenece en rigor al Estado, que dispone de su actividad y de su vida, y le trae y le lleva desde la escuela al cuartel o a los campos de batalla, o a colonizar o a someter remotos países, cuando el Gobierno lo ordene. Y así no resulta negocio biológico, ni dejará de levantar protestas la maternidad, que abriga en sus entrañas, amamanta con el humor de sus pechos y sacrifica una gran parte de su vida a un hijo que no es suyo sino en cuanto el Estado no necesite de él.

Si se quiere que la población prospere, es preciso que las leyes societarias y políticas favorezcan la fecundidad y la estimulen y premien.

Me parece inútil advertir que me encuentro muy conforme con cuantas leyes protegen al niño, aun desde antes de nacer; y si algo deploro, es su ineficacia para perseguir y castigar las propagandas y prácticas anticoncepcionistas, así como el aborto criminal. Pero creo que no sería difícil conciliar las funciones tutelares del Estado, que muchas veces ha de

aumentara, sería la ocasión de ofrecer premios en metálico por el nacimiento de los hijos, sin distinguir a pobres y ricos; que éstos pueden dejar de serlo, y los pobres enriquecerse; sobre que, siendo general la medida, no menoscabaría la dignidad de familia alguna. Así opina Leroy-Beaulieu, y participo de su opinión (1).

La población agrícola, especialmente, podía prosperar con la parcelación de los latifundios y con cuantas ventajas fiscales se imaginaran para protegerla. Son las grandes urbes enemigas naturales de la natalidad, porque en la estrechez y en el hacinamiento de las gentes en casas, calles y locales de reunión se hace físicamente palpable el inconveniente de la muchedumbre. Todo lo contrario ocurre en la población diseminada por los campos, en donde el aire abunda, se solicita más que se esquiva la compañía, y todos los individuos, por muchos que sean, encuentran ocupación, labrando la

(1) Los grandes almacenes del *Printemps*, bien conocidos de nuestros burgueses en sus visitas a París, conceden a sus empleados premios a la natalidad (*allocation de maternitè*). Todo empleado que gane menos de 3.000 francos al año percibe 100 francos al nacimiento del primer hijo, 200 al del segundo, y así sucesivamente. Si el padre y la madre son empleados, se duplica el premio (*Le Temps*, 24 Noviembre 1912).

M. Messimy es autor de un proyecto de ley concediendo un premio inmediato y una pensión ulterior a las madres de familia francesas al nacimiento de cada hijo después del tercero (Chambre des Dèputés, dixième legisl., section de 1912).

tierra, recolectando los frutos, trasformándolos y comerciando con ellos.

Un libro tan nutrido de páginas como repleto de argumentos dedicó Dumont a los perjuicios que para la población francesa traía el abandono de los campos y lugares por las grandes urbes. En España, para un censo de poco más de 20 millones de habitantes, contamos con dos ciudades, Madrid y Barcelona, que pasan del medio millón, y exceden de 100.000 Valencia, Sevilla y Málaga. En cambio, se puede correr por la carretera de Cádiz a Algeciras los cuarenta y tantos kilómetros que van de Vejer a Tarifa sin encontrar un pueblo.

Pero sobre todas estas recetas económicas y políticas se destaca un remedio supremo: levantar el ideal del pueblo; y cuando éste sienta el anhelo por una patria grande, libre y próspera, la natalidad crecerá al par de la esperanza.

FIN

INDICE

OBRAS DE MEDICINA Y BIOLOGÍA

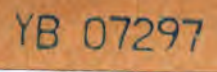
MONOGRAFÍAS

La EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S. A., al publicar estas pequeñas MONOGRAFIAS, se ha propuesto que tengan un carácter divulgador; y al mismo tiempo que sirven de guía al práctico en el ejercicio profesional, suscitarán seguramente el deseo de investigar sobre aquellos problemas que aún esperan solución.

EN PRENSA O EN PREPARACIÓN

AZA Y DÍAZ (VITAL): Tratamiento de la anexitis.
ASUA: Tratamiento de la blenorragia.
BARRAQUER: Tratamiento operatorio de la catarata senil.
BECERRO DE BENGOA: Los tumores benignos y malignos en Ginecología.
BASTOS: Tratamiento quirúrgico y ortopédico de la parálisis infantil.
J. BRAVO y J. A. ALONSO MUÑOYERRO: Trastornos producidos por la alimentación de los niños de pecho.
BELLIDO: Fisiología renal.
CAJAL: Degeneración y regeneración del sistema nervioso.
CALANDRE: Anatomía y fisiología clínicas del corazón.
CAÑIZO: Estudio radiográfico del corazón y de la aorta.
CODINA CASTELLVI: Sanatorios para tuberculosos.
COVISA (I. S.): Cistoscopia.
COVISA (J. S.): Tratamiento de la sífilis.
CIFUENTES: El método operatorio de la derivación urinaria y sus aplicaciones terapéuticas.
CARDENAL: La apendicitis.
FERNANDEZ SANZ: Tratamiento de las psiconeurosis.
FERNANDEZ SANZ Y MESONERO ROMANOS: Diagnóstico topográfico de las enfermedades de la medula.

FERNANDEZ SANZ Y RAUL MONTAUR: Diagnóstico topográfico de las enfermedades del cerebro.
GALVEZ (J.): Diagnóstico y tratamiento de las estrecheces pélvicas.
GOMEZ OCAÑA: El problema de los sexos.
GUTIERREZ GAMERO: Pneumotórax artificial.
HERNANDO: Crítica de los métodos de tratamiento y diagnóstico precoz del cáncer gástrico.
JUARROS: Tratamiento de la morfinomanía.
LANDETE Y MAYORAL: Vacunas en estomatología.
LOPEZ DURAN (A.): Las fracturas de codo en los niños.
MARQUEZ: Astigmatismo.
MAS Y MAGRO: Indice leucocitario y su valor clínico.
MEJIAS (J. Y G.): La difteria.
MARAÑON: Semeiología general en Endocrinología.
ORTIZ DE LA TORRE: Hernias.
PARACHE: Embarazo ectópico.
PESET (J. BAUTISTA): Tratamiento y profilaxis de la fiebre tifoidea por las vacunas.
PASCUAL: Constante de Ambard y su valor clínico.
PEÑA (L.): Los cálculos renales.
RATERA (J. y S.): Radioterapia profunda.
RECASENS (L. y S.): Radium en Ginecología.
ROZABAL FARNES: Presión sanguínea.
RODRIGUEZ PINILLA: Medicaciones hidrológicas.
RUEDA (F.): La mastoiditis.
RODRIGUEZ ILLERA: Reacción de Wassermann y reacciones de desviación del complemento.
RUIZ FALCO: Vacunas y autovacunas.
SACRISTAN: Punción lumbar y líquido céfalo-raquídeo.
SAINZ DE AJA: Tratamiento de las enfermedades de la piel por el radium.
SANCHIS BANUS: La fiebre y su tratamiento.
TAPIA: Tratamiento de los cuerpos extraños en las vías aéreas superiores.
TAPIA. Técnica de la broncoscopia y de la esofagoscopia.
VALLE Y ALDABALDE: Psicoterapia del médico práctico.
ZULOAGA MAÑUECO: Medios eutócicos.
GONZALEZ CAMPO: Ulcera gástrica.
JIMENEZ ENCINAS: Tuberculosis laríngea.
LAFORA: Tratamiento intrarraquídeo de la sífilis nerviosa.
LEOZ Y ORTIN: Queratitis agudas de mayor gravedad y parasitarias de más reciente estudio.
NOVOA SANTOS: Tratamiento de la diabetes.
PAGES MIRAVE: Nuevos progresos en la técnica de las amputaciones.
POBLACION: La esterilidad en la mujer y su tratamiento.
RODRIGUEZ MATA: Progresos en la osteocirugía.
SLOCKER: Progresos en el tratamiento de las pleuresías.
SANCHIS BERGON: Educación de anormales.
URRUTIA: Litiasis biliar.
PULIDO: Endoscopia directa de las vías urinarias.
MARTINEZ VARGAS: Maternología
MARTINEZ VARGAS: Raquitismo.


YB 07297

U.C. BERKELEY LIBRARIES
C039574503

